

*Quiero ver
al
doctor*

DE

*Mercedes Ballesteros
y
Claudio de la Torre*

COLECCION TEATRO N.º 81

QUIERO VER AL DOCTOR

TEATRO

(Una comedia cada semana)

PRIMEROS TITULOS PUBLICADOS

1. *Entre el no y el sí*, de Pemán. (Agotado.)
2. *Celos del aire*, de López Rubio. (Agotado.)
3. *En la ardiente oscuridad*, de Buero Vallejo. (Agotado.)
4. *Tovarich*, de Jacques Deval.
5. (Extra.) *El gran minué y Las mujeres decentes*, de Ruiz Iriarte.
6. *Llama un inspector*, de Priestley. (Agotado.)
7. *Cena de Navidad*, de López Rubio.
8. *Juego de niños*, de R. Iriarte.
9. *Cinco minutos antes*, de Benedetti.
10. (Extra.) *Historia de una escalera y Las palabras en la arena*, de Buero Vallejo.
11. *Siempre*, de Julia Maura.
12. (Extra.) *La muerte de un viajante*, de Miller. (Agotado.)
13. *La heredera*, de R. y A. Goetz.
14. *Una madeja de lana azul celeste*, de López Rubio.
15. (Extra.) *Cuando llegue la noche y Cuando llegue el día*, de Calvo Sotelo.
16. *La tejedora de sueños*, de Buero Vallejo.
17. *Cuando ella es la otra*, de Victor Ruiz Iriarte.
18. *Por el camino de la vida*, de Pemán.
19. *Buenas noches*, de María Isabel Suárez de Deza.
20. (Extra.) *En el camino negro y El collar*, de Claudio de la Torre.
21. *La señal que se espera*, de Buero Vallejo.
22. *Las maletas del más allá*, de Félix Ros, sobre temas de W. Fernández Flórez.
23. *La plaza de Berkeley*, de John L. Balderston (en colaboración con J. C. Squire).
24. *Condenados*, de José Suárez Carreño.
25. (Extra.) *Francisca Alegre y Ole y ¡Qué bollo es vivirl!*, de Tono.
26. *La esposa constante*, de W. Sommerset Maugham.
27. *El estupendo Juan Pérez*, de Angel Zúñiga.
28. (Extra.) *Eloisa está debajo de un almendro y A las seis, en la esquina del bulevar*, de Enrique Jardiel Poncela.
29. *María Antonieta*, de Calvo Sotelo.
30. (Extra.) *Alberto y Veinte y cuarenta*, de López Rubio.
31. *Callados como muertos*, de Pemán.
32. *La cortesana*, de Claudio de la Torre.
33. *El anticuario*, de E. Suárez de Deza.
34. *La novia*, de H. Ruiz de la Fuente.
35. (Extra.) *El aprendiz de amante y Un día en la gloria*, de Ruiz Iriarte.
36. *Me casé con un Angel*, de J. Vaszary.
37. *La soltera rebelde*, de Victor Ruiz Iriarte.
38. *La visita que no tocó el timbre*, de Calvo Sotelo.
39. *La importancia de llamarse Ernesto*, de Oscar Wilde.
40. (Extra.) *Mariscal y Un idilio ejemplar*, de Molnar.
41. *El ojo de Moscú*, de Birabeau.
42. *Paño de lágrimas*, de José María Pemán.
43. *Tánger*, de J. Calvo Sotelo.

(Continúa esta lista en la página 64.)

Pedidos y suscripciones: **EDICIONES ALFIL** Peligros, 4.—Madrid

QUIERO VER AL DOCTOR

COMEDIA EN TRES ACTOS, ORIGINAL DE

MERCEDES BALLESTEROS
Y
CLAUDIO DE LA TORRE

EDICIONES

ALFIL

PREMIO NACIONAL DE TEATRO 1952

COLECCION
TEATRO

DIRECTOR

MANUEL BENÍTEZ SÁNCHEZ-CORTÉS

81

GOPYRIGHT, 1953, by MERCEDES BALLESTEROS Y CLAUDIO DE LA TORRE.—Reservados todos los derechos.—*Droits de représentation, traduction et reproduction réservés.*—Por lo que se refiere a esta edición, es propiedad de *EDICIONES ALFIL.*—Los representantes de la Sociedad General de Autores de España son los únicos encargados de autorizar la representación o adaptación de esta obra.

Esta obra se estrenó en Madrid, la noche del 23 de febrero de 1940, en el teatro Infanta Isabel, con el siguiente

REPARTO

<i>Olivia</i>	ISABEL GARCÉS.
<i>La Señora de San Marco</i>	ESPERANZA ORTIZ.
<i>Acacia</i>	ESPERANZA GRASES.
<i>Miss Preston</i>	S. IOPER.
<i>El Doctor</i>	RAFAEL BARDEM.
<i>Eduardo</i>	JOAQUÍN ROA.
<i>El Abuelo</i>	GUILLERMO GRASES.
<i>Estanis</i>	MIGUEL ARMARIO.
<i>Criado</i>	LUIS RODRIGO.

Dirección: ARTURO SERRANO.

ACTO PRIMERO

Salón en casa del doctor. Estantes con libros, mesas con revistas y muebles cómodos.

(En escena, el DOCTOR, hombre de unos cuarenta y cinco años. Lee un periódico. Luego entra EDUARDO, el secretario. Tiene unos treinta años.)

EDUARDO.—La correspondencia, doctor.

(El DOCTOR no deja de leer y no contesta.)

La correspondencia.

DOCTOR.—Ya te he oído. ¿Cuántas veces he de repetirte que con una vez que me digas que ha llegado la correspondencia basta y sobra para que me entere... y para que prescindas de tomarte la molestia de leerla?

EDUARDO.—Doctor...

DOCTOR.—¿Qué quieres? ¿Insistes todavía? Mira, Eduardo: cuando decidimos tú y yo que te tomara de secretario, los dos sabíamos de sobra que yo no me ocupaba jamás de mis cartas. Por eso te ofreciste y por eso acepté. Comprenderás que a un buen amigo como tú, aunque te encontraras en la indigencia, no iba yo a ofrecerle un puesto en el que tuviera que trabajar.

EDUARDO.—Agradezco su generosidad, doctor; pero...

DOCTOR.—Tutéame, Eduardo. Cuando alguien está presente no me gusta el "tú", porque hace pensar a la gente que

te pago mal o que no te pago. Pero, en la intimidad, prefiero que me llames Horacio.

EDUARDO.—Horacio...

DOCTOR.—Acaba.

EDUARDO.—Siento tener que insistir en lo de las cartas. No me agrada ser pesado, pero el caso es que... hoy se ha recibido una carta interesante.

DOCTOR.—Para ti todas las cartas son interesantes. Yo he vivido más que tú y he aprendido, sobre todo, una cosa: que no hay cartas interesantes. Que una mujer te escribe diciéndote que es viuda y que un secreto ensombrece su existencia, quiere dinero; que un sujeto te cuenta que ha inventado una máquina para esto y lo otro, dinero; que un pariente te felicita por tu cumpleaños, dinero...

EDUARDO.—¡Horacio, por favor, no mires la vida desde un punto de vista tan pesimista!

DOCTOR.—¿Pesimista? ¡Pero si el dinero es una cosa formidable! ¿A qué crees tú que debo la consideración de las gentes? A mi dinero y nada más que a mi dinero. ¿O es que eres acaso tan ingenuo que piensas, como mis enfermas, que soy un genio de la neurología?

EDUARDO.—Tú te has podido hacer un pedestal, una aureola, merced, entre otras cosas, a tu posición; pero eso sólo no basta. ¡Vaya! Te lo diré francamente, sencillamente: creo que eres un genio.

DOCTOR.—(*Poniéndose serio.*) No puedo creer que un amigo como tú, casi un hermano, con el que llevo viviendo cinco años, sea capaz de pedirme dinero,

EDUARDO.—Te equivocas. No voy a pedirte nada. Entre otras cosas, porque con el sueldo que me has asignado me basta para mis vicios, y aún me sobra un poco para comer. No se trata de eso. Te has equivocado. De sabios es el equivocarse.

DOCTOR.—¡No insistas, Eduardo, no insistas, que es peor!

EDUARDO.—(*Mostrándole una carta.*) ¿Conoces esta letra?

DOCTOR.—No conozco la letra de nadie.

EDUARDO.—Sin embargo, ésta deberías conocerla: es una carta de tu mujer.

DOCTOR.—¿De mi mujer?

EDUARDO.—Yo no sabía que eras casado. Has querido mantener el secreto, y yo hubiera respetado tu reserva; pero mi condición de secretario...

DOCTOR.—¡Bueno! El caso es que has abierto la carta y te has enterado. ¡Ah, las cartas! ¡En todas ellas se oculta un "chantage"! Porque sabrás que yo no tengo tal mujer. Es verdad que me casé una vez. Eso es cosa que le pasa a cualquiera. Conozco infinidad de hombres que se han casado. Mi mujer era suiza. Hacía esquí, y resultaba muy femenina vestida de hombre y muy masculina vestida de mujer. Nos conocimos y nos casamos. Aquella misma noche se fugó de mi lado con cuarenta y cinco francos suizos.

EDUARDO.—Por eso no has querido hablar nunca de tu boda.

DOCTOR.—Por eso. Un hombre que se emborracha, que juega, que hace negocios sucios, es a menudo un hombre que todos respetan. Pero un hombre que se casa con una muchacha suiza de dieciséis años, y a las pocas horas se encuentra sin muchacha suiza y sin cuarenta y cinco francos, es un ser despreciable. ¿Me comprendes?

EDUARDO.—Perfectamente.

DOCTOR.—No volví a acordarme de ella. Luego supe que había muerto.

EDUARDO.—¡Alto!

DOCTOR.—No hay alto que valga. He visitado su tumba como un turista, una tumba blanca con una inscripción muy tierna que decía: "A Ericka, su desconsolado abuelo."

EDUARDO.—Sin embargo, la carta es de ella.

DOCTOR.—¡Será del abuelo, pidiendo algo! Se habrá enterado por la prensa de lo que cobro por cada visita y se creerá con derecho...

EDUARDO.—No pienses mal de un anciano cuyo parentesco contigo exige un cierto respeto de tu parte.

DOCTOR.—¿Cuándo aprenderás, querido Eduardo, que yo no respeto a nadie, excepto a mí mismo, y eso no en todas las ocasiones?

EDUARDO.—Insisto, sin embargo, en que leas la carta. No puede ser de su abuelo, porque éste, si viviese, tendría

unos cien años. Lo más probable es que ya no exista.

DOCTOR.—¡ Hay hombres centenarios!

EDUARDO.—¡ Por favor...!

DOCTOR.—En el Norte hay hombres centenarios.

EDUARDO.—¡ Lee la carta! Escúchala, al menos; yo te la leeré.

DOCTOR.—Escucho. Eres un hombre arrollador. Si yo me dejara, me pisotearías. Empieza.

EDUARDO.—(*Leyendo la carta.*) “Querido Horacio...”

DOCTOR.—¡ Ay!

EDUARDO.—(*Continuando la lectura.*) “Comprendo que he hecho mal en irme de tu lado, hace diecinueve años, en un ataque de celos. Me ha durado el furor todo este tiempo; pero ya veo que se ha disipado y te perdono. Estoy dispuesta a volver a tu lado. Tuya, Ericka.”

DOCTOR.—¡ Que un hombre de cien años escriba esto! ¡ Que un hombre que pudo haber conocido a Napoleón tercero, a la reina Victoria de Inglaterra, a Schopenhauer, no vacile en escribir una carta así!

EDUARDO.—Estás diciendo disparates. Esta carta no es de un hombre, sino de una mujer. ¿Tuya, mía, de otro...? Lo ignoro.

DOCTOR.—(*Animándose.*) ¿Has dicho de otro?

EDUARDO.—Sí. Todo puede ser.

DOCTOR.—Siéntate a la máquina. Voy a dictarte. (*Saca del sobre una fotografía.*) Pero ¿qué es esto? ¿Una foto? ¡ Ah, es la foto que nos hicimos el día que nos presentaron! Una foto muy antigua... ¡ Qué cosa más molesta! ¡ Mandarle a uno una fotografía de hace tanto tiempo es una incorrección! No se debe decir tan a las claras que hace diecinueve años era yo un señor con bigote! Pero... ¿qué significa este retrato? ¿Será posible, demonio de Eduardo, la infamia que has imaginado? ¿No se habrá muerto esa mujer? ¿Se propondrá ser la muy estúpida tan centenaria como su abuelo? ¿Es que en esa familia nadie piensa en morirse? ¡ Mira, siéntate a la máquina...! “Al alcalde de...” ¿Qué pueblo dice este condenado matasellos? (*Mirando el sobre.*) Port Antrouit. Bien. “Mi querido alcalde...” ¡ Pero no! ¿Para

qué utilizar medios anticuados, lentos...? Pide una conferencia con Port Antrouit.

EDUARDO.—¿Con Port Antrouit? Te advierto que te arruinas. Cada tres minutos te costará un sentido.

DOCTOR.—No importa. He hecho mis cálculos. Acostumbro hacer mis cálculos con cierta rapidez. Tres minutos de vida con una mujer salen infinitamente más caros. Anda, llama; he de hablar con el alcalde. En estas pequeñas ciudades del extranjero siempre hay un alcalde que lo sabe todo.

(Sale EDUARDO. El DOCTOR se pasea lentamente.)

DOCTOR.—¡Port Antrouit! ¡Montañas, nieve, paisaje de comedor de casa de huéspedes...! ¡Diecinueve años! ¡No, no, no, no! ¡Los seres no resucitan! ¡Oh, no! ¡Suiza no es el valle de Josafat!

(Entra el CRIADO por el foro.)

CRIADO.—Señor, una señora espera en la antesala.

DOCTOR.—¿A estas horas? ¿Cuándo he recibido yo visitas a las dos de la tarde? Dile a esa señora que las horas de consulta son de cuatro a seis.

CRIADO.—Ya lo sabe, señor; pero la señora insiste... No hace más que repetirme: "Quiero ver al doctor."

DOCTOR.—¡Oh, todas las señoras insisten! ¡Y todos los criados se dejan atropellar por las señoras! Te prohíbo que la dejes pasar.

(OLIVIA aparece en la puerta.)

OLIVIA.—Buenas tardes.

DOCTOR.—¿Eh?

OLIVIA.—Doctor, su criado me echaba de la casa; pretendía aplazar mi visita. ¡Como si una visita que yo he decidido hacer fuese una cosa fácil de aplazar! ¡Figúrese usted que me decía que éstas no son horas!

DOCTOR.—¡Decía muy bien! Las horas de consulta son de cuatro a seis. Las dos de la tarde, en cambio, es mi hora de almorzar.

OLIVIA.—Entonces, mejor; almorzaremos. No veo inconveniente. Almorzaremos y hablaremos. ¿No está usted conforme?

DOCTOR.—Me reservo mi opinión. Creo que es lo único que me permite usted que me reserve.

CRIADO.—Entonces, la señora está invitada a comer...

DOCTOR.—“Invitada” me parece una palabra excesiva.

CRIADO.—Lo digo para prevenir...

OLIVIA.—Prevenga usted, prevenga. Diga que pasaremos al comedor dentro de unos minutos.

DOCTOR.—En esta casa no hay comedor. Yo acostumbro almorzar donde me apetece: en el despacho, en el salón, en la biblioteca, en el baño... ¿Quiere usted que almorcemos en el baño?

OLIVIA.—Me parece preferible aquí, en este rincón tan íntimo.

CRIADO.—¿Qué vino desea tomar hoy el señor?

DOCTOR.—Español.

OLIVIA.—Yo, también.

DOCTOR.—Lo lamento. No acostumbro dar vino a mis pacientes. Es lo primero que les prohíbo. ¿Le gusta a usted el agua Perrier?

OLIVIA.—Me repugna.

DOCTOR.—(Al CRIADO.) La señora, entonces, tomará agua natural.

(Sale el CRIADO y entra EDUARDO. A poco entra el CRIADO, pone la mesa y empieza a servir, con entradas y salidas, el almuerzo.)

DOCTOR.—(Intentando la presentación de EDUARDO.) Mi secretario... La señora... ¿Nos dirá usted su nombre antes del almuerzo, o prefiere dejarlo para el final?

OLIVIA.—¿Mi nombre? ¿El criado no le ha dicho mi nombre? ¿Ha estado usted hablando con una persona cuyo nombre ignora? ¡No se debe jugar con fuego de esa manera! ¡Figúrese que mi nombre le dijera algo!

DOCTOR.—En todo caso, no me diría más de lo que usted me ha dicho.

OLIVIA.—Me llamo Olivia.

DOCTOR.—No me gusta tomarme confianzas. Tendrá usted un apellido...

OLIVIA.—Gresham. Olivia Gresham.

DOCTOR.—¡Qué horror! Apúntelo, Eduardo. Bueno; vamos a ver: ¿y qué enfermedad padece?

OLIVIA.—¿Que qué enfermedad? Su pregunta me parece poco delicada. ¿Tengo yo aspecto enfermizo? ¡Ah, no! ¡Éstos médicos son así! Se figuran que media humanidad está con un pie en el sepulcro. Pues, sépalo usted bien: no estoy enferma.

DOCTOR.—Entonces..., ¿su visita...?

OLIVIA.—He venido, desde luego, a consultar con usted. Pero esto no tiene nada de particular. He oído decir que más de la mitad de sus enfermas están completamente sanas.

DOCTOR.—Si trata de herir mi amor propio con esa afirmación, anda descaminada. Nada puede alegrarme tanto como pensar que mis enfermas gozan de perfecta salud. Acaba uno por tomar cariño a esos pequeños animalitos débiles.

OLIVIA.—Si usted ha intentado, por otra parte, molestarme con esa frase, me permito decirle que se equivoca. Un animalito débil puede ser muy peligroso, sobre todo cuando se encuentra frente a frente con una fiera como usted. Soy de las que piensan que, en la mayoría de los casos, es el pez chico el que se come al grande.

EDUARDO.—El doctor, generalmente, prefiere almorzar en silencio.

OLIVIA.—Yo también adoraba almorzar en silencio antes de casarme.

DOCTOR.—¡Ah! ¿Es usted casada?

OLIVIA.—Sí.

DOCTOR.—¿Con otro, claro, con otro?

OLIVIA.—¿Qué quiere usted decir?

DOCTOR.—Nada. Inquiría solamente si estaba usted casada con otro hombre.

OLIVIA.—¿Cómo con otro? ¿Con qué otro?

EDUARDO.—Para el doctor la mujer de otro tiene un encanto irresistible.

OLIVIA.—Pues es enorme la cantidad de mujeres de otro que hay por el mundo. No creo que las suyas propias sean tan numerosas.

EDUARDO.—No hablemos de temas delicados.

OLIVIA.—Hablemos de la sopa. En su casa se come muy bien, doctor. Poco, pero muy bien. Me parece que ven-

dré con frecuencia. Todo es grato aquí: sus muebles, sus cuadros..., el "home" que nos envuelve... ¡Me gustaría quedarme a vivir aquí!

EDUARDO.—¡V se quedará!

OLIVIA.—¿No necesita usted una enfermera?

DOCTOR.—¡Naturalmente!

OLIVIA.—¡Ah!

DOCTOR.—Naturalmente que la necesito, y que la tengo: miss Preston, una muchacha de mucho porvenir...

OLIVIA.—¡Deseche usted el trato con mujeres de porvenir! Es mejor una mujer que tenga pasado, una mujer como yo.

DOCTOR.—¿Es usted enfermera?

OLIVIA.—Puedo serlo si me lo propongo. Tengo talento natural y sé amoldarme a cualquier oficio.

(Suena, prolongado, el timbre del teléfono.)

EDUARDO.—¡La conferencia!

OLIVIA.—¿Una conferencia telefónica? Ahora ya me parece estar en la casa de un hombre vulgar. ¡Es poco elegante hablar por conferencia! Indica una urgencia en cierto modo ordinaria. La gente bien educada se comunica por carta.

CRIADO.—Conferencia con Port Antrouit, señor.

DOCTOR.—*(Levantándose.)* Con su permiso.

OLIVIA.—¿Una mujer?

DOCTOR.—Un alcalde.

(Sale el Doctor.)

OLIVIA.—Lo prefiero. Le prevengo que soy muy celosa.

EDUARDO.—¿Eh?

OLIVIA.—¡Cuénteme lo que sepa de la vida del doctor! ¿Tiene muchos amores?

EDUARDO.—Pocos. Son muchas las mujeres enamoradas de él. De éstas, por lo menos, no puede enamorarse. Y entre las pocas que permanecen indiferentes, hace lo que puede.

OLIVIA.—¿Es viudo, soltero, divorciado...?

EDUARDO.—Viudo.

(Entra el Doctor.)

DOCTOR.—¡ Soy casado!

OLIVIA.—¡ Ajajá! (*A EDUARDO.*) ¡ Es casado!

DOCTOR.—(*Sentándose y continuando tranquilamente el almuerzo.*) ¡ Mi mujer vive! ¡ Es extraordinario cómo hay ciertos seres inmortales!

OLIVIA.—¡ Qué dirá miss Preston cuando lo sepa! ¡ Ella que se había hecho sus ilusiones! Parece que la oigo: "Este hombre va llegando a la edad soñada. Dentro de dos años empezará a recetarse a sí mismo; dentro de tres, le daré bicarbonato después de las comidas; dentro de cuatro, se casará conmigo..."

DOCTOR.—¿ Por qué supone usted eso?

(*Entra MISS PRESTON por una de las puertas laterales. Hace una inclinación de cabeza a OLIVIA.*)

MISS PRESTON.—¿ Me llamaba usted, doctor? Aquí traigo un poco de bicarbonato.

OLIVIA.—¡ No se precipite, miss Preston, no se precipite! ¡ Hay mujeres impacientes!

MISS PRESTON.—¿ Eh?

EDUARDO.—(*Presentando.*) Miss Preston... La señora Gresham...

(*MISS PRESTON se retira con otra fría inclinación de cabeza.*)

OLIVIA.—Cuénteme. ¿ De modo que vive su mujer?

DOCTOR.—Sí. Y lo que es peor: tiene un abuelo que vive también y que me anuncia su visita.

OLIVIA.—Por lo visto, no hay cosa que pueda proporcionarle a usted mayor disgusto que comprobar que su familia no ha muerto. He conocido gentes de malos sentimientos... Cuando se viaja se conoce de todo. Pero ¡ vamos, como usted...!

DOCTOR.—A mí no me importa que vivan los vivos. Lo que me irrita, lo que me exaspera, lo que me subleva, es que vivan los muertos. Ese alcalde cínico ha tenido el valor de decirme que la tumba que yo he visto no es la de mi mujer, sino la de una hermana suya, una niña que murió dos años antes de nacer ella. Se llamaba también Ericka. ¿ Hay derecho a que las gentes se llamen igual? ¡ Ericka vive!

EDUARDO.—¡Te será violento verla después de tantos años!

OLIVIA.—¿Muchos?

DOCTOR.—Diecinueve.

OLIVIA.—¿Y desde entonces se ha dedicado usted a las mujeres de los otros?

DOCTOR.—No; desde antes. Precisamente nos separamos por eso. Ella no podía comprender que a las dos horas de casados yo abrazara, bajo una pérgola iluminada por la luna, a la baronesa Maffatti: italiana, rubia, de tez transparente... ¿Es medianamente discreto, por parte de una esposa, empeñarse en pasar la luna de miel en el mismo hotel que la baronesa Maffatti?

(Se levantan los tres de la mesa, terminado el almuerzo.)

OLIVIA.—Lamento que mi visita haya coincidido con noticias tan desagradables. Con todo esto, no hemos podido hablar. Si quiere usted, ahora...

DOCTOR.—Perdón. Alguien acaba de entrar. Espero a unos amigos...

OLIVIA.—¿Insinúa usted la posibilidad de que me vaya?

DOCTOR.—Mis amigos esperan, seguramente, encontrarme solo.

OLIVIA.—Y se verán sorprendidos al encontrarme también a mí. Pero las sorpresas son del gusto de todo el mundo. No se apure.

(Entra el CRIADO.)

CRIADO.—La señora de San Marco y la señorita Acacia.

(Entran por el foro la señora de SAN MARCO y su sobrina ACACIA.)

DOCTOR.—Mis queridas amigas... Permítanme ustedes...
(Presentando.) La señora...

EDUARDO.—Gresham.

OLIVIA.—Olivia Gresham.

DOCTOR.—La señora de San Marco y su sobrina Acacia.

SEÑORA SAN MARCO.—*(A OLIVIA.)* ¿Es usted extranjera?

OLIVIA.—Sí; creo que es algo que se me nota a simple vista.

SEÑORA SAN MARCO.—Por eso se lo he preguntado. No resulta de buen tono preguntar por las cosas que se lle-

EDUARDO.—¡Te será violento verla después de tantos años!

OLIVIA.—¿Muchos?

DOCTOR.—Diecinueve.

OLIVIA.—¿Y desde entonces se ha dedicado usted a las mujeres de los otros?

DOCTOR.—No; desde antes. Precisamente nos separamos por eso. Ella no podía comprender que a las dos horas de casados yo abrazara, bajo una pérgola iluminada por la luna, a la baronesa Maffatti: italiana, rubia, de tez transparente... ¿Es medianamente discreto, por parte de una esposa, empeñarse en pasar la luna de miel en el mismo hotel que la baronesa Maffatti?

(Se levantan los tres de la mesa, terminado el almuerzo.)

OLIVIA.—Lamento que mi visita haya coincidido con noticias tan desagradables. Con todo esto, no hemos podido hablar. Si quiere usted, ahora...

DOCTOR.—Perdón. Alguien acaba de entrar. Espero a unos amigos...

OLIVIA.—¿Insinúa usted la posibilidad de que me vaya?

DOCTOR.—Mis amigos esperan, seguramente, encontrarme solo.

OLIVIA.—Y se verán sorprendidos al encontrarme también a mí. Pero las sorpresas son del gusto de todo el mundo. No se apure.

(Entra el CRIADO.)

CRIADO.—La señora de San Marco y la señorita Acacia.

(Entran por el foro la señora de SAN MARCO y su sobrina ACACIA.)

DOCTOR.—Mis queridas amigas... Permítanme ustedes...
(Presentando.) La señora...

EDUARDO.—Gresham.

OLIVIA.—Olivia Gresham.

DOCTOR.—La señora de San Marco y su sobrina Acacia.

SEÑORA SAN MARCO.—*(A OLIVIA.)* ¿Es usted extranjera?

OLIVIA.—Sí; creo que es algo que se me nota a simple vista.

SEÑORA SAN MARCO.—Por eso se lo he preguntado. No resulta de buen tono preguntar por las cosas que se lle-

ACACIA.—¡ Por favor, tía! El doctor va a creer que soy una tonta.

SEÑORA SAN MARCO.—Tu inocencia, tu juventud y la severa educación que has recibido a mi lado, te dispensan de toda clase de actividad intelectual. (*Confidencial.*) ¡Píntate los labios!

DOCTOR.—Hace usted mal, querida amiga, en tratar tan duramente a Acacia, que es una muchacha encantadora.

SEÑORA SAN MARCO.—Acacia es la mujer más encantadora para un hombre. Sabrá ser el alma de un hogar, la compañía perfecta para un marido inteligente.

EDUARDO.—Horacio prefiere, en general, no oír hablar de matrimonio.

SEÑORA SAN MARCO.—Mal hecho. Digo, bien hecho. Así se casará antes. (*Al DOCTOR.*) Cada día que pasa se le va poniendo a usted más cara de marido.

DOCTOR.—Hay palabras que pueden encerrar una ofensa. Prefiero cambiar de conversación.

SEÑORA SAN MARCO.—Si le parece a usted, hablaremos de enfermedades. Es un tema muy socorrido.

ACACIA.—¿Es cierto lo que dicen, doctor, de que esta temporada que viene va a haber muchas anginas?

DOCTOR.—¿Qué quiere usted que le diga? ¡De las mujeres todo se puede esperar!

SEÑORA SAN MARCO.—Precisamente mi sobrina empezaba a quejarse de la garganta.

DOCTOR.—¡ Oh! ¡ Es que a Acacia le gusta adelantarse a la moda!

SEÑORA SAN MARCO.—He oído decir que Eloísa Campoclaro ha traído de Persia una enfermedad oriental.

DOCTOR.—¡ Qué cosa de mal gusto!

SEÑORA SAN MARCO.—Tiene usted razón, doctor. Esas divorciadas se olvidan siempre de las conveniencias sociales.

(*Entra el CRIADO.*)

CRIADO.—Señor, un señor que no ha querido dar su nombre desea ver al señor. Dice que es pariente del señor.

DOCTOR.—¿Qué aspecto tiene?

CRIADO.—Lleva una larga barba.

DOCTOR.—No conozco a ningún pariente barbudo.

SEÑORA SAN MARCO.—¡Qué divertido! ¡Un pariente al que no se conoce! Esta clase de gentes no aparece nunca sino cuando uno está de cuerpo presente. Sin duda, pretende heredarle.

DOCTOR.—(Al CRIADO.) Dígale que pase.

(Sale el CRIADO.)

SEÑORA SAN MARCO.—¡Echate polvos, Acacia! Tu nariz brilla como una linterna. Una larga barba, a veces, no significa nada.

(El ABUELO entra por el foro. Es un hombre de unos ciento y pico de años, pero se conserva muy entero, con una energía arrolladora.)

ABUELO.—(Abrazando al DOCTOR.) ¡Hola, hombre! ¡Qué viejo, pero qué viejo estás!

DOCTOR.—(Molesto.) Usted tampoco parece un adolescente...

ABUELO.—¡Viejísimo! (Fijándose en la SEÑORA DE SAN MARCO.) ¡A usted la conozco yo!

SEÑORA SAN MARCO.—¿A mí? ¡Oh, no recuerdo! ¿Dónde me ha conocido? ¿Cuándo?

ABUELO.—Hará unos cincuenta años.

SEÑORA SAN MARCO.—¡Por favor!

ABUELO.—¡O quizá menos! He perdido la idea del tiempo. Pero la conozco.

EDUARDO.—(Al ABUELO.) ¿Quiere usted una taza de café? ¿Con azúcar?

ABUELO.—Sí. Tres.

EDUARDO.—¿Tres terrones?

ABUELO.—¡No, tres tazas y ningún terrón! Es lo más sano.

DOCTOR.—Creo necesario hacerle una pregunta que, a primera vista, puede parecerle inoportuna. Señor mío, ¿quién es usted?

ABUELO.—¡Ah! Pero ¿no me has reconocido, pequeño? ¡Soy tu abuelo..., tu abuelo político!

DOCTOR.—¿De modo que es cierto, de modo que usted no se ha muerto?

ABUELO.—¡Ven a mis brazos y no me hagas preguntas in delicadas! (Se abrazan.) Preséntame a esta gente.

DOCTOR.—A la señora de San Marco ya la conoce usted, según veo. Esta señorita es su sobrina.

ABUELO.—(A la SEÑORA DE SAN MARCO.) ¿De manera que se casó usted, por fin, con el idiota de San Marco?

SEÑORA DE SAN MARCO.—¡Caballero, no sé qué interpretación debo dar a sus palabras!

ABUELO.—¡Vaya, se casó! Me lo temía. ¡Se casó!

DOCTOR.—Mi secretario particular...

ABUELO.—Tanto gusto. (Al DOCTOR.) Ahora díles que se vayan.

SEÑORA DE SAN MARCO.—Acacia, despídete del doctor. Debemos dejarle que disfrute libremente de tan grata escena familiar. (Al DOCTOR.) No se moleste. Adiós. Eduardo nos acompañará.

(Salen la SEÑORA DE SAN MARCO y ACACIA, seguidas de EDUARDO.)

DOCTOR.—Pues no acabo de explicarme...

ABUELO.—¡Qué te vas tú a explicar! ¡Soy yo el que te lo explicará todo! He venido, sencillamente, a decirte que vuelvas a reunirte con Ericka. Ella te ha perdonado.

DOCTOR.—No comprendo esta generosidad tardía. He recibido una carta de Ericka diciéndome que, al fin, se convence de que debe volver a mi lado. ¡Un retraso de diecinueve años me parece excesivo! Podía haberlo pensado antes.

ABUELO.—¡Pero si ella no lo ha pensado ni antes ni después! ¡La carta se la escribí yo, hombre, para irte preparando!

DOCTOR.—Lo sospeché desde el primer momento.

ABUELO.—Ericka, desde que te abandonó enfurecida por los celos, no ha vuelto ha acordarse de ti. Ha hecho una vida absurda: viajes, gastos, caprichos...

DOCTOR.—¡Basta! Aunque yo sea un marido especial, un marido como si dijéramos inexistente, no encuentro el menor placer en que me refieran las veleidades de mi mujer. Prefiero una ignorancia digna.

ABUELO.—Sé lo que piensas. Todos piensan igual. De tanto ir al cine habéis sacado la conclusión de que el único camino para la mujer casada es el adulterio. Ericka no

se ha entregado a nada de eso. Sus locuras son menos disculpables... Dice que todos los hombres son como tú y que, por tanto, le repugnan. Le ha dado por el arte. Se arruina comprando objetos inútiles, viajando por Oriente para ver enormes monumentos de la antigüedad y para contraer fiebres palúdicas. No para. Va rodando por el mundo y derrochando su fortuna en las tiendas de los anticuarios. En su casa hay un salón árabe, una torrecilla persa, un patio pompeyano...

DOCTOR.—¡Qué espanto!

ABUELO.—Y dice que eso lo ha podido hacer, que ha podido encontrar la felicidad —porque para ella ésa es la felicidad— gracias a que tropezó en su vida con un monstruo —por ti— que le ha hecho despreciar a todos los hombres, que suelen ser el principal motivo para que las mujeres pierdan el tiempo.

DOCTOR.—Pues, por mí, que siga muchos años viajando, derrochando y disfrutando de la felicidad.

ABUELO.—¡Eso, no!

DOCTOR.—¿Cómo que no? Ella es dichosa con esa vida; yo también lo soy con la mía. ¿Le parezco yo un monstruo? Ella me parece a mí una pantera. ¿Y debemos volver a vivir juntos? ¡Esa es una broma del siglo pasado, mi querido señor!

ABUELO.—¡Es urgente que os unáis! Ericka es gastadora, alocada... Su carácter independiente, dominante, hace difícil la convivencia con ella.

DOCTOR.—¡El programa es de lo más sugestivo!

ABUELO.—Además, te odia.

DOCTOR.—Todas son razones a favor.

ABUELO.—Sin embargo, debéis volver a vivir juntos, a hacer el hogar.

DOCTOR.—¡Usted delira!

ABUELO.—Yo me moriré algún día.

DOCTOR.—Lo dudo.

ABUELO.—Y cuando yo me muera no quiero dejar mi fortuna en manos de esa loca. Lo derrochará todo, lo convertirá todo en tanagras y en cuadros, en porcelanas y en cornucopias.

DOCTOR.—¿Entonces usted pensaba dejarme por heredero?

¡Gracias, hombre, gracias! ¡Mira, eso es delicado! Esa fineza no me la esperaba yo de usted.

ABUELO.—Sí, señor; he tomado mis informes y me han dicho que eres ordenado, metódico, económico. Conviene que la fortuna esté en tus manos para que llegue sana y floreciente a poder de Estanis.

DOCTOR.—¿Estanis? ¿Y quién es Estanis?

ABUELO.—Hace unos ochenta años, cuando yo era soldado, leí una novela en la que el protagonista se hacía una pregunta semejante. Decía: “¿Reinaldo? ¿Quién es Reinaldo?”

DOCTOR.—¿Reinaldo también? Pues sí que estoy yo conociendo a gente esta tarde.

ABUELO.—Y un compañero de armas le contestaba: “Reinaldo es tu hijo.”

DOCTOR.—¿Qué dice usted? ¿Sigue la novela o ha salido ya? Avise, porque hay literaturas alarmantes.

ABUELO.—Mitad novela, mitad realidad. Reinaldo era el hijo del protagonista de “Los luchadores del mar”; pero Estanis es tu hijo.

DOCTOR.—¿Que yo tengo un hijo, un niño?

ABUELO.—Un niño, no. Estanis tiene ya dieciocho años.

DOCTOR.—¡No!

ABUELO.—Nació a su tiempo. Después, naturalmente, de vuestra separación. Ya le había entrado a Ericka la fiebre de los viajes. Nació en Egipto. Así es que tienes un hijo egipcio.

DOCTOR.—¡Egipto!

ABUELO.—El chico es estudioso; quizá excesivamente estudioso... Pero bueno en el fondo: obediente, noble... ¡Nos llevamos muy bien! Pero yo me he dicho muchas veces, pensando en él: “¡Que esta criatura pueda heredar millones, y se vaya a encontrar el día de mañana con que la loca de su madre lo ha derrochado todo!”

DOCTOR.—Y ha pensado usted: “Voy a colocar a la loca de su madre en casa del memo de su marido.” ¡No, no! Renuncio a los millones y al sabio Estanis. Yo no me caso con mi mujer.

ABUELO.—Habría otra solución: que reclamases al chico.

DOCTOR.—¿El egipcio?

ABUELO.—Y entonces te daría la administración de sus bienes.

DOCTOR.—¿Un hijo de dieciocho años? ¡Hunde mi carrera! Piense usted que los médicos necesitamos una reputación limpia.

ABUELO.—El también es médico; estudiante de Medicina, al menos.

DOCTOR.—¡Ah, ya, un competidor!

ABUELO.—Lo malo será que él no querrá venir con su padre. Aunque comprende todos los defectos de su madre, le tiene, sin embargo, un gran cariño. Pero se me ocurre que muy bien podría venir aquí como ayudante, con un cargo profesional. El siente gran admiración por ti y ha leído todos tus libros. ¡Claro que no te identifica! El cree que su padre ha muerto. Ha sido empeño de ella. Yo lo traería en calidad de interno.

DOCTOR.—Precisamente necesito un ayudante, pero...

ABUELO.—¿Qué?

DOCTOR.—¡Pero para nada necesito un hijo!

ABUELO.—Yo no te he dicho que tú lo necesites, sino que él te necesita a ti.

DOCTOR.—¡Vamos por partes, vamos por partes...! Usted me propone que yo me haga cargo de mi hijo.

ABUELO.—Exactamente.

DOCTOR.—De manera que yo tendré un hijo que no me conoce y que, además, se llama Estanis.

ABUELO.—Lo primero sólo tengo que lamentarlo; no soy culpable de vuestras locuras. En cuanto a lo segundo, fue un capricho de su madre llamarlo así. Puede que ella te lo explique.

DOCTOR.—Mi mujer no tiene por qué explicarme nada. Hay cosas que no tienen explicación.

ABUELO.—Te refieres a su huida.

DOCTOR.—Me refiero a su vuelta.

ABUELO.—¡Pero si ella no piensa volver!

DOCTOR.—¡A su vuelta de usted! Me había acostumbrado a vivir solo.

ABUELO.—Te dejaré en paz en seguida, tan pronto como me digas que Estanis trabajará contigo.

DOCTOR.—Yo... estaría... dispuesto a admitir al chico siempre y cuando que su madre no apareciera por aquí. Creo lo más conveniente que siga viajando.

ABUELO.—Descuida; no hace falta aconsejárselo. Y ahora dime, francamente: ¿te has alegrado de mi visita?

DOCTOR.—No. ¿Y usted? ¿Tenía ganas de verme?

ABUELO.—Tampoco. Si no llega a ser por el chico, no me hubiera vuelto a acordar de ti. ¡Para que luego digan que los hijos no unen!

DOCTOR.—Hemos quedado en que el asunto no tiene nada de sentimental. Estanis no será más que mi ayudante. Y eso, si no me satisface, lo despido.

ABUELO.—De acuerdo.

DOCTOR.—En cuanto a usted...

ABUELO.—Nada; tranquilízate; desapareceré de tu vista. En el fondo, yo no soy más que ese antepasado remotísimo de quien sólo nos acordamos en los momentos difíciles: "Mi abuelo hubiera hecho esto, o esto otro..." Algo que necesitamos para reanimar nuestra conciencia; la voz de la sangre, creo que se llama.

DOCTOR.—Usted no tiene nada que ver conmigo. Representa, vagamente, la sangre de mi mujer.

ABUELO.—De tu hijo. Adiós, Horacio. Veo que nos entendemos.

DOCTOR.—Adiós.

(Sale el ABUELO al tiempo que entra EDUARDO.)

EDUARDO.—¿Qué? ¿Te acuerdas de lo que te dije? ¿Existía o no existía tu mujer?

DOCTOR.—¿Te atreves todavía a preguntarme nada? Eres tú el que debe responderme: ¿existían o no existían hombres centenarios?

T E L O N

ACTO SEGUNDO

El mismo decorado del acto anterior.

(La SEÑORA DE SAN MARCO, ACACIA y EDUARDO entran por el foro.)

EDUARDO.—El doctor está en la consulta. Si quieren ustedes esperar un poco...

SEÑORA SAN MARCO.—¡Oh, no es nada importante! Si su ayudante quisiera venir un momento... Se trata de mi sobrina. Le ha dado por padecer de insomnio. ¡Es una enfermedad tan poco a propósito para una muchacha soltera! Yo estoy preocupada, y por eso quería... ¡Como el joven Estanis es tan inteligente y conoce tantos sistemas modernos!

EDUARDO.—¡Ah, vamos! ¡Que usted es también de las que creen que el ayudante del doctor sabe más que el doctor!

SEÑORA SAN MARCO.—¡Yo no he dicho eso!

EDUARDO.—No me sorprende. La mayoría de las gentes es así. Adora el disparate, lo absurdo; goza pensando que "La divina comedia" no la escribió el Dante; que los hermanos Goncourt no eran dos, sino tres, y que precisamente el tercero, que no figura para nada, era el del talento; que la "Novena sinfonía" la escribió el portero de Beethoven...

SEÑORA SAN MARCO.—Eduardo, ¿sus palabras encierran alguna censura?

EDUARDO.—No. Me refería, únicamente, a la opinión que se está formando de que Estanis tiene más talento que el doctor.

ACACIA.—Estanis es muy inteligente.

SEÑORA SAN MARCO.—¡Es admirable ese muchacho, sobre todo teniendo en cuenta sus pocos años! ¡Figúrese usted que tiene justamente la misma edad que mi sobrina! ¡Qué coincidencia! ¿Verdad que es una coincidencia?

ACACIA.—Tía, ¿qué importa eso?

SEÑORA SAN MARCO.—¿No ha de importar? ¡A los dieciocho años estar a punto de terminar la carrera!

EDUARDO.—Nadie duda de que el chico tenga su mérito.

SEÑORA SAN MARCO.—Y luego, ¡es tan simpático! ¿Verdad, Acacia? ¡Está tan necesitada nuestra sociedad de jóvenes simpáticos!

(Entra ESTANIS por una puerta lateral.)

ESTANIS.—Buenas tardes, señora. Buenas tardes, Acacia. ¿Esperan ustedes al doctor?

EDUARDO.—Sí.

SEÑORA SAN MARCO.—No.

ESTANIS.—Pónganse de acuerdo.

SEÑORA SAN MARCO.—Le esperábamos a usted. ¡Mi pobre sobrina sufre mucho! Sufre como en una novela. (A ACACIA.) ¡Cuéntale, cuéntale lo que te pasa!

ACACIA.—Cuéntaselo tú, tía.

SEÑORA SAN MARCO.—¡Es tan tímida, tan angelical...! Yo se lo contaré a usted.

ESTANIS.—Su aspecto no es el de tener nada grave.

SEÑORA SAN MARCO.—Desconfíe usted del aspecto. Padece de insomnio. Tarda horas y horas en dormirse, y, cuando se duerme, tarda horas y horas en despertarse.

ESTANIS.—Le recomendaré un específico. Voy a apuntárselo para que no se le olvide el nombre. Es un nombre yugoslavo.

SEÑORA SAN MARCO.—Me alegro. Acacia tiene mucha confianza en los medicamentos yugoslavos.

ESTANIS.—(*Entregándole un papel en el que ha apuntado algo.*) Espero que con esto dormirá bien.

SEÑORA SAN MARCO.—¡Estoy segura!

ACACIA.—¡Muchas gracias!

ESTANIS.—¿No esperan ustedes al doctor?

SEÑORA SAN MARCO.—No; tenemos prisa. Adiós, Eduardo; no ponga usted esa cara de pocos amigos. Ese ceño le echa diez años encima.

EDUARDO.—No importa. Los años no desdoran; ennoblecen. Lo malo de los años es no tenerlos. Buenas tardés.

ACACIA.—Adiós.

ESTANIS.—Adiós.

(*Salen la SEÑORA DE SAN MARCO y ACACIA.*)

EDUARDO.—No se quejará usted del éxito con la clientela.

ESTANIS.—¿Alguien dijo que me había quejado?

EDUARDO.—¿Se ha fijado usted en la coincidencia de que Acacia haya nacido el mismo año que usted? ¿No? ¡Pues fijese, fijese! Dieciocho años ella, dieciocho años usted.

ESTANIS.—No me había enterado.

EDUARDO.—Claro, ¿de qué se va usted a enterar?

ESTANIS.—De nada, es cierto. Soy poco perspicaz.

EDUARDO.—¡No tiene usted dieciocho años, sino dieciocho siglos! Usted no ha vivido años, sino épocas. Su bisabuelo es un colegial a su lado. ¿A qué espera, vamos a ver, para divertirse? ¿No le seduce, por ejemplo, la vida que hace su... que hace el doctor: entrar, salir, bailar, murmurar...?

ESTANIS.—No. Cada cual se divierte como le apetece. Hay a quien le gusta jugar al *pinacle*. A mí, sólo el pensarlo me da náuseas. Prefiero pasarme la tarde en el laboratorio con los microbios. Pero eso no quiere decir que yo me divierta menos.

EDUARDO.—Su carácter absurdo es el resultado de la falta de vida familiar. He oído decir que es usted huérfano de padre.

ESTANIS.—Sí; mi padre murió antes de yo nacer. Tengo entendido que era una mala persona, un fresco.

DOCTOR.—(*Entrando.*) Respetemos su memoria.

ESTANIS.—¡ Ah, doctor! Precisamente tenía que hablarle.

EDUARDO.—¡ Hasta luego! Me voy a respirar oxígeno puro.

(Sale EDUARDO.)

DOCTOR.—Usted dirá.

ESTANIS.—Quería decirle que he hecho una limpia en el laboratorio. Mi antecesor debía de ser un ignorante. ¡ Qué métodos más anticuados! ¡ Qué sistema más erróneo! Lo he colocado todo como debe estar. ¿ Quién trabajaba antes en el laboratorio?

DOCTOR.—Yo.

ESTANIS.—¡ Ah, perdón...! ¡ Yo creí que sería el antiguo ayudante...! Si llego a sospechar...

DOCTOR.—Pues para otra vez, sospeche, joven, sospeche. Se pasa el día enmendándome la plana, corrigiéndome, orientándome en los métodos de la medicina moderna. ¡ A mí! ¡ A mí, que llevo veinte años trabajando!

ESTANIS.—La ciencia adelanta. Todos los días se publican libros nuevos, métodos modernos...

DOCTOR.—Y cada día nacen médicos nuevos y modernos para que se dediquen a estudiar esos libros y esos métodos. Pero si a los cuarenta y cuatro años no para uno de estudiar, ¿ cuándo va a empezar a vivir?

ESTANIS.—Nunca debe uno detenerse en el camino para buscar la verdad.

DOCTOR.—¡ Búsquela, hombre, búsquela! Yo no me pongo en su camino. ¡ Pero como me vuelva a tocar los chismes del laboratorio, le doy un par de azotes!

ESTANIS.—(Muy digno.) ¿ Qué dice usted?

DOCTOR.—¡ Perdón! Es mi manera de expresarme. Quiero decir que tengo que apuntar en sus cuadernos una nota de calificación de acuerdo con su comportamiento.

ESTANIS.—Esta mañana, cuando me quedé en la consulta, entró la marquesa de Brade. Volvía quejándose de la neuralgia. Le cambié el tratamiento. A un temperamento como el suyo no le va el carbón de Clafs.

DOCTOR.—¿ Le quitó usted el carbón a la marquesa? ¡ Se morirá! Tiene fe en el carbón, y nada más que el carbón conseguirá mejorarla.

ESTANIS.—Yo no puedo engañar a una enferma.

DOCTOR.—¡Usted lo que es es un pedante de primera fuerza! Él otro día me dió de alta a la señora de Solaum antes de que volviera su marido de Italia, y ahí lo tiene usted. Al día siguiente la vieron en el *cock-tail* de los Juárez *flirteando* con el hijo de la casa. Un médico moderno —he dicho moderno— ha de ser, al mismo tiempo, un poco psicólogo y un poco cronista de sociedad.

ESTANIS.—Yo me contento con ser, simple y llanamente, un médico.

DOCTOR.—¡Pero no dos médicos! Cuando usted tenga su clientela, ¡asesínela, destrúyala, envenénela! Pero no haga eso con la mía. Déjeme que cultive a mis enfermos en ese estado de media salud, de perpetua convalecencia, que los hace tan afectuosos, tan sociables... ¿Y puede saberse qué medicamento le ha recetado usted a la marquesa de Brade?

ESTANIS.—Le he recetado unas inyecciones de Prámsfol.

DOCTOR.—¿De qué?

ESTANIS.—Prámsfol: una fórmula nueva, un regenerador del sistema nervioso. ¿Desea usted algo más?

DOCTOR.—¡No, no! Adiós, adiós...

ESTANIS.—Son las siete. ¿Puedo estar fuera hasta las ocho?

DOCTOR.—¡Todos los días me pregunta usted lo mismo!

Hay que ser menos metódico, joven; menos pesado...

ESTANIS.—Hasta las ocho.

(Sale ESTANIS.)

DOCTOR.—En medio de todo, lo que yo necesito es que me quiten trabajo de encima. ¡Demasiado trabajo, demasiado! (Saca un cuadernillo y apunta.) Prámsfol.

(Entra EDUARDO.)

EDUARDO.—¿Solo?

DOCTOR.—¡Hombre, Eduardo! ¿Has oído tú hablar de Prámsfol?

EDUARDO.—Sí.

DOCTOR.—¿Sí, eh?

EDUARDO.—A tu hijo.

DOCTOR.—No digas “tu hijo”, o te estrangulo. Oficialmente no es mi hijo.

EDUARDO.—Estanis, quería decir. Estanis me recetó el otro día el Prámsfol.

DOCTOR.—¿Ah, sí? ¿Y qué?

EDUARDO.—Nada.

DOCTOR.—¿No te sirvió de nada? ¿Vas a decirme que no te sirvió de nada?

EDUARDO.—Realmente, aquel dolor que tenía me desapareció; pero yo creo que se habría pasado igual solo.

DOCTOR.—(*Alterándose.*) Haces mal en creerlo. El Prámsfol es una fórmula nueva, un regenerador de los nervios como no hay otro.

EDUARDO.—Está bien. De todos modos, no es ése un motivo para que te alteres. Ha llamado Olivia.

DOCTOR.—¿Qué ha dicho?

EDUARDO.—Que vendrá.

DOCTOR.—¿Y para eso ha llamado? Ya sabemos que viene todos los días a estas horas.

EDUARDO.—No querrás hacerme creer que te molestan sus visitas.

DOCTOR.—No he dicho eso.

EDUARDO.—Otra cosa. ¿Has leído la última carta del abuelo?

DOCTOR.—Nunca hay última carta de ese hombre. Cuando estás leyendo una, ya viene la otra; y, finalmente, se presenta él. ¿Ese venerable anciano ha venido a turbar la paz de esta casa! ¿Qué dice?

EDUARDO.—Escucha. (*Saca una carta del bolsillo y lee.*) “Querido Horacio; He estado hablando con Estanis y me parece que no acaba de congeniar mucho contigo. Procura atraértelo.”

DOCTOR.—¿Atraérmelo?

EDUARDO.—(*Siguiendo la lectura.*) “Sé cariñoso con él, gánatelo poco a poco. Nuestro deber es velar por su porvenir. Será un sabio.”

DOCTOR.—Lo es ya.

EDUARDO.—(*Continuando la lectura.*) “Los sabios son pobres, pero Estanis será rico si tú y yo lo queremos. He dado en pensar que yo puedo morir de repente.”

DOCTOR.—¡Ganas de pensar disparates!

EDUARDO.—(*Terminando la lectura.*) “Recibe un abrazo y etcétera, etcétera, de tu etcétera, etcétera...”

DOCTOR.—¡Que lo mime, que lo quiera, que lo atraiga, que lo conquiste! ¡Que me conquiste él a mí, pedazo de estúpido! Y que no me conquiste a mi clientela. ¿No opinas tú lo mismo?

EDUARDO.—Yo opino que Estanis vale mucho. Es muy trabajador, muy serio... ¡Si hubieses oído su comunicado, el otro día, en la Facultad! Ha levantado un gran revuelo. Se dice que va a ser el genio de nuestra época.

DOCTOR.—¡Nada menos que el genio!

EDUARDO.—¡Es extraordinario que a sus años! Mira, hablando claro: yo no lo resisto, pero eso no quita para que reconozca sus méritos. Lo de la vacuna, si llega a cuajar, va a revolucionar a la medicina. ¡La cara que pondrían tus compañeros—con lo que te quieren a ti tus compañeros— si supieran que el fenómeno es hijo tuyo! Toleran a duras penas que tengas la fama que tienes, que ganes el dinero que ganas; ¡pero que encima tengas un hijo que sea un genio...!

DOCTOR.—A mí no me gusta ser injusto. Estanis es seco como un cardo; pero tiene talento.

EDUARDO.—Sale a ti, créelo. Y puede que a su madre también.

DOCTOR.—Estanis sale, solamente, a mí. Hasta en lo físico. Cuando sonríe es mi vivo retrato. Fíjate. (*Sonríe forzadamente.*) ¿Y la mirada? ¿Te has fijado en la mirada?

OLIVIA.—(*Entrando por el foro.*) ¿De qué mirada hablan ustedes? Espero que no será de la mía. No tiene nada de particular. Siempre me han dicho que miro como si tuviera los ojos cerrados. Es que, realmente, fuera de mí no encuentro nada interesante. Vengo de visita de despedida. Estoy cansada de esta ciudad. En el extranjero se vive mejor. La gente es menos afectuosa. Aquí le abruman a uno a invitaciones. Tengo tres almuerzos

para mañana. Como se ha corrido la voz de que vengo a esta casa con frecuencia, todas tus clientes me invitan a almorzar, y empiezan todas sus conversaciones lo mismo: "¿La sigue tratando a usted el doctor?" Y yo siempre contesto: "Soy yo la que lo trato a él. Está muy necesitado de mi tratamiento." Y es verdad. ¡Si no fuera por mí, qué sería de ti, mi pobrecito Horacio, en manos de Eduardo, que es una calamidad! Y a propósito de ti, Eduardo: estoy pensando, hijo mío, que deberías marcharte. Te dedicas ahora a espiar nuestras conversaciones y resulta de lo más molesto.

EDUARDO.—No digas eso, Olivia. Es que, verdaderamente, eres una de las pocas personas simpáticas que entran en esta casa. Te admiro. Soy tu más ferviente admirador: eres un ser que hace lo que le parece, que dice lo que quiere, que va por la vida a su gusto, a su placer... Ahora, por ejemplo: quieres que me vaya, y me lo dices de una manera tan cordial, tan dulce, tan grosera, que consigues lo que quieres. Hasta luego.

(Sale EDUARDO.)

OLIVIA.—¡Qué agradable es Eduardo! Al principio me pareció un ser insignificante.

DOCTOR.—Y ahora, ¿qué te parece?

OLIVIA.—Lo mismo: un ser insignificante. Yo no me equivoco. Lo que me parecen las cosas al principio me lo siguen pareciendo siempre. Tengo el don de la penetración.

DOCTOR.—Si fuera uno a fiarse de tus palabras te creería poseedora de todos los dones.

OLIVIA.—Y así es. ¿No recuerdas cuando llegué, hace un mes? Me aseguraste que me marcharía en seguida, que me cansaría de venir con frecuencia, de empeñarme en conseguir tu amistad. Y ya ves: hoy somos amigos.

DOCTOR.—Es que me pareciste una aventurera. Yo sí suelo equivocarme en mis primeras impresiones.

OLIVIA.—Veo que más bien te equivocas en tus segundas impresiones. Lo que yo soy es una aventurera. En el buen sentido, claro está. Y a propósito de aventuras:

ya te he dicho que mañana me voy. Tengo plaza en el avión.

DOCTOR.—¿Adónde vas?

OLIVIA.—Al Cairo. Anoche soñé con las pirámides.

DOCTOR.—Cuando ayer me hablaste del viaje, creí que bromeabas. Pero ahora te veo decidida a marcharte.

OLIVIA.—Sí, completamente decidida.

DOCTOR.—Siento que te vayas. Me he acostumbrado, en cierto modo, a tomar el té contigo; ese horrible té amargo que tú preparas. Los hombres nos acostumbramos a todo, a lo malo como a lo bueno. Lo que necesitamos es una costumbre, la que sea: que haya alguien tan hábil, o tan perverso, a nuestro lado, que nos obligue a adquirir hábitos. Me he acostumbrado a ti, Olivia.

OLIVIA.—Gracias.

(Entra el CRIADO, deja el servicio del té y vuelve a salir.)

DOCTOR.—Quisiera que no te fueses.

OLIVIA.—*(Sirviendo el té.)* No seas egoísta. Me detienes porque estás "acostumbrado a mí". Tú lo has dicho. Es decir, a mí y al té amargo. Así sois los hombres. Pero las mujeres no somos así. Las mujeres como yo, Horacio, somos más ambiciosas. Por eso he decidido marcharme. Sólo algo podía impedir que me fuese. Y Y ese algo es una palabra tuya.

DOCTOR.—¿Cuál?

OLIVIA.—¡Ah, no seas curioso! Estamos hablando como dos tontos, como tres tontos, como un millón de tontos... Esas preguntas no deben hacerse cuando se puede aún sacar un pequeño partido de la vida. La tarde está lluviosa, gris, acogedora... ¿Por qué no te pones tu gabardina, vas a sacar el coche y damos un paseo de despedida?

(Entra el CRIADO por el foro.)

CRIADO.—El abuelo político del señor desea ver al señor.

DOCTOR.—Pues no se saldrá con la suya. Recíbelo tú, Olivia.

OLIVIA.—¿Yo?

DOCTOR.—Hazme este favor. Ese viejo me persigue, me agobia... Pretende a toda costa arreglarme la vida. En una palabra: quiere hacerme polvo.

OLIVIA.—¿Y voy yo a actuar de fuerza de choque?

DOCTOR.—Actúa como quieras, pero líbrame de él. No tengo ánimos para recibirle, para escucharle... Tiene una vida tan larga que no termina nunca de contarla. Recíbelo tú, por favor.

OLIVIA.—(Al CRIADO.) Ya lo oye usted.

CRIADO.—¿Lo recibe entonces el señor?

DOCTOR.—¿Pero no ha oído usted lo que he dicho?

CRIADO.—No, señor.

DOCTOR.—¿Pero en qué estaba pensando?

CRIADO.—En que no debía oírlo. Por respeto, señor.

DOCTOR.—(Recobrando su autoridad.) Dígale usted a ese señor que pase aquí. (Sale el CRIADO. A OLIVIA.) Perdóname. Comprendo que abusó de ti. Voy por el coche. Daremos el paseo, pero no hablemos de despedida.

(Sale el DOCTOR por la derecha. Por el foro entra el ABUELO.)

ABUELO.—(Al ver a OLIVIA.) ¿Ah, pero eres tú?

OLIVIA.—¡Hola!

ABUELO.—¿De manera que eran ciertas mis sospechas? ¿De manera que eres tú la señora que hace un mes se pasa el día en esta casa?

OLIVIA.—¿Por qué lo habías sospechado?

ABUELO.—Porque te conozco, Ericka; porque soy tu abuelo. Porque sé que ahí donde no debes estar, ahí te encuentro.

OLIVIA.—Te ruego que no sigas. Si en algún sitio del mundo tengo yo derecho a estar es en esta casa. Sé lo que tramás. Sé que Estanis estudia como un chino y lo tenéis engañado; sé que quieres que mi hijo se gane el cariño de su padre a fuerza de ciencia y aplicación. Pero no habéis contado conmigo.

ABUELO.—¿Has hablado con Horacio?

OLIVIA.—Todos los días.

ABUELO.—¿Y qué, te ha perdonado ya?

OLIVIA.—No ha hecho falta. No sabe quién soy.

ABUELO.—Pero tú se lo habrás dicho.

OLIVIA.—No.

ABUELO.—¡Ah, por eso te presentas disfrazada! ¡Si te has cambiado hasta el acento! ¡No te hablo del color de tu pelo porque serías capaz de decirme que está de moda!... En fin, que tienes miedo de que te descubra.

OLIVIA.—Ninguno. Nuestras relaciones duraron, exactamente, tres horas y diez minutos. Nuestra vida matrimonial no llegó a un día. ¡Han pasado diecinueve años!

ABUELO.—¡Lo mismo le pasó conmigo!

OLIVIA.—¿Te casaste también con él?

ABUELO.—¡No hubo forma de que me reconociera!

OLIVIA.—Pero sé que ahora estáis todos contra mí, que yo soy vuestra víctima. Pero debes jugar limpio. ¿O es que crees que voy a dejarme arrebatar, así como así, el cariño de mi hijo? Si me descubres antes de tiempo con Horacio, descubriré tus intenciones a Estanis y quedarás peor que yo; sí, porque los viejos quedan siempre peor.

ABUELO.—Estanis verá que me ocupo de su felicidad.

OLIVIA.—¡Alejándolo de su madre! Mira, has llegado en el momento menos oportuno. Mi destino cuelga de un hilo en este instante. Llevo toda mi vida sin encontrar una verdadera justificación para seguir viviendo. He hecho viajes al extremo Oriente para comprarme una alfombra. Hoy me encuentro en el camino unas cuantas cosas más serias: mi marido, mi hijo y... tus millones. Horacio está a punto de declararme su amor. Si quieres hacerme un gran servicio, márchate en seguida.

ABUELO.—Bueno, me iré. No quiero que digas que obro con precipitación. Pero, llegado el momento, no consentiré que engañes a Horacio. No se debe jugar con los sentimientos de un hombre.

OLIVIA.—¡No te pongas pedante, abuelo; no te pongas pedante! El sí que jugó bonitamente con mis sentimientos, con lo que en tus tiempos se llamaba "la primavera de la vida". Pero no contaba con el verano. Siempre había

leído que las mujeres de más de treinta años se volvían peligrosas. No lo había creído hasta ahora.

ABUELO.—Ericka, eres disparatada.

OLIVIA.—Diecinueve años de lógica no me han dado ni la mitad de resultado que un mes de locuras. Tengo un hombre a mis pies. ¡Menudo triunfo! ¡Un hombre que es mi marido! Ahí viene. ¡Márchate! Me consta que no quiere reciberte.

ABUELO.—Bueno, veo que lo tienes en tus manos. Pero volveré. ¡Pobre Horacio! Adiós.

(Sale por el foro el ABUELO.)

OLIVIA.—¡Pobre Horacio!

(Entra el DOCTOR.)

DOCTOR.—¿Se marchó ya ese pelma? Gracias. Te habré contado, por lo menos, unos setenta años de su vida.

OLIVIA.—Exageras: nada más que diecinueve.

DOCTOR.—Preparado para el paseo. Pero antes de salir quiero decirte una cosa. Tienes razón: soy un egoísta.

OLIVIA.—¿No se te ocurre nada más?

DOCTOR.—Sí, otra cosa también. Oyeme, mírame a los ojos: Olivia..., te quiero.

OLIVIA.—Está bien; devolveré el pasaje del avión.

DOCTOR.—¿Cómo? ¿No te vas ya?

OLIVIA.—No. Has acertado con la frase. Realmente, la esperaba. Por eso no había tomado ningún pasaje. Es una molestia andar devolviendo luego. Y no es necesario tomar esa precaución cuando se está segura del cariño de un hombre. *(Se oye un portazo en el interior.)* ¿Quién será?

DOCTOR.—No sé. A estas horas... ¡Como no sea otra vez mi antepasado político!...

(ESTANIS aparece en la puerta del foro.)

ESTANIS.—*(A OLIVIA.)* Acabo de encontrar al abuelo, que me ha dicho que estabas aquí.

DOCTOR.—*(Sorprendido.)* ¿Eh?

OLIVIA.—Sí; he llegado de sorpresa. Estaba hablando con el doctor de tus estudios.

ESTANIS.—(Al DOCTOR.) ¿Conocía usted ya a mi madre?

DOCTOR.—(Conteniéndose con dificultad.) ¿A su..., a tu...?
¡Estanis, nada de bromas con su maestro!

ESTANIS.—¿Cuál es la broma?

DOCTOR.—¡Una broma pesada! ¡Pero no, no, no es posible!
¡A ver...!

(Coge a OLIVIA por un brazo, bruscamente, y la acerca a la luz.)

¡A ver...! ¡Déjame que te mire bien...!

ESTANIS.—Doctor, ¿puede usted explicarme por qué zarandea así a mi madre?

DOCTOR.—(Mirando siempre a OLIVIA.) ¡Pero no, no puede ser...!

ESTANIS.—Le he dicho a usted, doctor, que si quiere explicarme...

DOCTOR.—(Sin dejar de observar a OLIVIA.) ¡Como no te calles te zarandeo a ti también! ¡Y de lo lindo!

ESTANIS.—¿Está usted loco? ¡Esas palabras, ese tono! ¡Es intolerable!

OLIVIA.—Tiene razón Estanis. Pierde usted un poco la cabeza, doctor. Y todo por si me recuerda usted o no me recuerda. ¿Qué más da? ¡Si fuéramos a preocuparnos por todo lo que se nos olvida en la vida, no nos quedaría tiempo para nada! (A ESTANIS.) Sí; el doctor ha estado un poco brusco. Lo reconozco. No es manera delicada de tratar a una madre como yo, tan cariñosa.

DOCTOR.—¿Tan cariñosa?

ESTANIS.—Eso a usted no le importa.

DOCTOR.—¡Olivia, a este niño le voy a dar un pescozón!

ESTANIS.—(A OLIVIA, ofendido.) ¿Pero lo oyes? ¿Crees que voy a consentirlo?

OLIVIA.—¡Basta ya! Estanis, abraza a tu madre.

ESTANIS.—Pero...

OLIVIA.—(Abrazándole.) Estoy muy orgullosa de ti. Me ha-

bía olvidado decírtelo. Tan orgullosa que sería capaz de todo si alguien intentase separarte de mi lado.

DOCTOR.—(*Que se ha serenado.*) Hace usted muy bien en estar orgullosa. Si su padre viviera, sentiría el mismo orgullo y la misma firmeza para defenderle.

OLIVIA.—No lo crea. Su padre se dejaría llevar más bien de su ligereza incorregible y lo abandonaría en cualquier parte: en Suiza, por ejemplo.

ESTANIS.—(*A su madre.*) ¡Como a ti!

DOCTOR.—(*Exaltándose de nuevo.*) ¡Perdón, perdón, perdón! No están ustedes enterados.

OLIVIA.—(*Firmemente.*) Doctor, ¿pretende usted contarme mi propia vida? Estanis, déjanos solos. Me reuniré contigo dentro de unos minutos.

ESTANIS.—Pero...

OLIVIA.—¡Anda, vete...!

DOCTOR.—(*Enérgico.*) ¡Obedezca a su madre!

(ESTANIS lo mira furioso y sale por una de las puertas laterales. OLIVIA y el DOCTOR quedan, frente a frente, en actitud de reto.)

OLIVIA.—Su padre se dejaría llevar de la ambición y aspiraría a la herencia de Estanis. La fortuna que puede heredar mi hijo es muy codiciable.

DOCTOR.—¡Ahora me lo explico todo: tu presencia aquí, tu interés por mí...! Pero te advierto que estás completamente equivocada. No soy codicioso. Nunca lo he sido.

OLIVIA.—Sé de personas que no han conocido la codicia hasta la senectud.

DOCTOR.—¿Pero no has hablado con el abuelo? ¿No te ha contado que ha sido él, precisamente él, el que me ha metido en este lío? ¿A mí qué me importan los millones de Estanis, ni la herencia, ni tus gastos de viaje exorbitantes?

OLIVIA.—¡Ah! ¿Lo sabes también? ¿Te ha venido con el cuento?

DOCTOR.—Me ha asegurado, además, que estabas en el centro de Africa.

OLIVIA.—Sí; en efecto: estaba. Pero del centro de Africa se puede volver. No iba a pasarme toda la vida entre salvajes.

DOCTOR.—¡Basta de bromas! Todo tiene su límite. Una bromita así, tan ingeniosa, que lleva durando un mes, un condenado mes, me parece que no peca precisamente por corta. Además, a mí no me gustan los juegos, ni los engaños, ni las intrigas... ¿Sabes lo que te digo? Que te vayas, que te vayas adonde quieras. Vuélvete al centro de Africa. Pero quizá no te siente. A Bélgica, que es más sano. Un viaje inmediato, rápido... Nada de aplazamientos. Sólo así me sentiré tranquilo.

OLIVIA.—No hace ni diez minutos que te negabas a que me fuese, que me decías incluso...

DOCTOR.—¿Qué importa lo que dijese hace diez minutos? ¿Te lo decía a ti, acaso? ¡Se lo decía a Olivia! ¿Has olvidado ese detalle?

OLIVIA.—Tú eres el que parece olvidar que Olivia y yo somos una misma persona. Si querías a Olivia, debo suponer...

DOCTOR.—No supongas nada. Olivia fue un mito, y muerto el mito se acabó la rabia. ¿No se dice así? El juego estaba bien planeado: enamorarme y recuperar, de un golpe, nombre, hijo, millones... ¡Me repugnan las malas artes! Prefiero el robo descarado. Pero este procedimiento que has usado conmigo, este guante de terciopelo...

OLIVIA.—El mismo que tú has usado con tu hijo. ¿Por qué no le dijiste desde el primer día: "Soy tu padre; quieres quedarte conmigo, sí o no"? ¡Porque eso era muy arriesgado! Preferiste írtelo conquistando, poco a poco, con los microbios del tifus, con la vacuna antiasmática... ¿Vas a decirme que no has usado mis mismas armas? Si yo te hubiese dicho al llegar: "Soy tu mujer; aquí estoy", ¿qué hubiera pasado?

DOCTOR.—Lo que está pasando ahora, pero sin este retraso. Te hubiera dicho lo que has oído hace un instante: márchate.

OLIVIA.—Pero no habrías tenido tiempo de enamorarte de mí.

DOCTOR.—Tiempo perdido. Se trataba de un amor ficticio.

OLIVIA.—¡Ah! ¿Sí?

DOCTOR.—He adquirido cierta habilidad para engañar a las mujeres. Ha sido el único medio de que no me engañaran ellas a mí.

OLIVIA.—Bien; tú, siempre alerta. Pero esta vez te va a fallar el cálculo. Te noto cierto nerviosismo característico de los enamorados.

DOCTOR.—Eso se cura con el Prámsfol.

OLIVIA.—¿Con qué?

DOCTOR.—Con una fórmula nueva.

OLIVIA.—¡Ah, qué interesante! Siempre se aprende algo viendo cerca de un genio como tú.

DOCTOR.—Para eso tendrás a Estanis. Porque ahora completarás tu obra intentando llevártelo.

OLIVIA.—Y privándote de un auxiliar precioso. Sí, señor. Estanis se irá con su madre, como un buen hijo. (*Se acerca a una de las puertas y llama al interior.*) ¡Estanis...! ¡Estanis...!

DOCTOR.—(*Con ironía.*) Llamas con una voz insinuante, cautivadora... ¡Ah, cómo conozco esa voz!

OLIVIA.—El, también. No hay que olvidar que es la voz de su madre, lo que llamaríamos la voz del deber.

DOCTOR.—¿Del deber? ¿Qué sabes tú del deber?

OLIVIA.—¡Silencio! Ahí viene Estanis, y puede oírte. No conviene que sepa todavía que tiene un padre modelo. Te expones a que no te reconozca.

(*Entra ESTANIS.*)

ESTANIS.—(*A OLIVIA.*) ¿Me llamabas?

OLIVIA.—Sí. El doctor me ha explicado satisfactoriamente sus brusquedades de antes. Cuestión de nervios, poca cosa. Tiene ya hasta el remedio. Somos amigos, por tanto, otra vez. Acércate al doctor y dale un buen apretón de manos, para que vea que no tengo un hijo rencoroso.

(*ESTANIS estrecha, fríamente, la mano del DOCTOR.*)

Y ahora dime: ¿estás contento de que haya venido?

ESTANIS.—Mucho.

OLIVIA.—Pues sabrás que estoy aquí desde hace un mes. Si no me has visto antes ha sido porque siempre he venido a esta casa cuando tú no estabas. Una especie de táctica que he seguido.

ESTANIS.—¿Para vigilarme?

OLIVIA.—No; para vigilar al doctor. Si llega a descubrir que soy tu madre, mi situación hubiera sido muy comprometida.

ESTANIS.—No comprendo.

OLIVIA.—No hubiera tenido la libertad de movimientos necesaria para enterarme de lo que quería: de sus costumbres, de sus relaciones, de sus trabajos... Ya está todo perfectamente aclarado. Y ahora...

ESTANIS.—No irás a decirme que te marchas de viaje otra vez. (*Al DOCTOR.*) Dígale usted que no le conviene esa vida que lleva, tan ajetreada.

OLIVIA.—(*Al DOCTOR.*) ¿Opina usted que no me sienta viajar?

DOCTOR.—Yo no he dado todavía mi opinión.

ESTANIS.—¡Tendrá que reconocerte, claro!

OLIVIA.—(*Con intención.*) Ya me ha reconocido.

ESTANIS.—¿Y qué?

OLIVIA.—Estanis, tengo que decirte algo importante; algo que quiero ser yo quien te lo diga.

ESTANIS.—¿Qué sucede?

OLIVIA.—Verás. No te asustes. Me voy esta misma tarde. (*Al DOCTOR.*) ¿Para dónde ha dicho usted? ¡Ah, para Bélgica! Eso me hará mucho bien. Tú te quedarás aquí trabajando, ayudando al doctor y aprendiendo de él..., algunas cosas. No todas. ¡Mucho cuidado con lo que aprendes!

ESTANIS.—¿Qué quieres decir?

OLIVIA.—Por ejemplo, si algún día te casas —ya pronto terminarás tu carrera y serás un hombre—, sé siempre noble y franco con tu mujer.

DOCTOR.—Pero, sobre todo, huye de las mujeres rencorosas. Perdóname que te tutee, pero estas cosas importantes no se pueden decir de otro modo.

ESTANIS.—Hablan ustedes un lenguaje ininteligible para mí.

OLIVIA.—Porque eres aún demasiado joven. Es un lenguaje para la madurez. Conque hasta luego, Estanis: irás a la estación a despedirme. Adiós, doctor. No se quejará usted de mí. ¡No, no me acompañe!

ESTANIS.—¿Pero te sientes mal? Aún no me has explicado...

OLIVIA.—No te apures. No hay ningún síntoma alarmante: una ligera opresión aquí, cerca del corazón. Pero me curaré muy pronto. ¡Te lo aseguro!

(Sale OLIVIA por el foro.)

ESTANIS.—Pero, ¿qué es lo que pasa, doctor? ¿Qué es lo que tiene?

DOCTOR.—Nada de particular. No hay que preocuparse.

ESTANIS.—¡Claro, a usted no le preocupa! Si fuese su madre...

DOCTOR.—No, mi madre no es, desde luego. Puede estar seguro.

ESTANIS.—No me parece que sea un asunto para tomarlo a broma.

DOCTOR.—Aquí nadie está de broma.

ESTANIS.—Pues dígame qué es lo que padece.

DOCTOR.—Pregúnteselo a ella.

ESTANIS.—¡Le exijo a usted que me dé un diagnóstico!

DOCTOR.—(Conteniéndose.) ¡Mire..., mire que si se pone pesado, no sé si en lugar de un diagnóstico no tendré que darle un bofetón!

ESTANIS.—(Indignado.) ¿Pero qué dice usted...? ¿Es que se atreve...?

DOCTOR.—¡Me atrevo; sí, señor; me atrevo! ¡Estoy hasta la coronilla de usted y de su madre!

ESTANIS.—Explíqueme sus palabras!

DOCTOR.—¡No me da la gana!

ESTANIS.—Entonces, ya sé lo que tengo que hacer. Tomaré una determinación.

DOCTOR.—¿Cuál?

ESTANIS.—Me iré con mi madre.

DOCTOR.—¡Qué disparate! ¿Sabe usted lo que va a hacer su madre? Se lo voy a decir: va a dar la vuelta al mundo. Quiere viajar, conocer nuevos países...

ESTANIS.—No lo creo. Ya los conoce todos.

DOCTOR.—Alguno le quedará. (Irá dando tumbos de hotel en hotel, de avión en avión, sin parar en ningún sitio. ¡Bona vida para una persona que quiere trabajar en un laboratorio! ¡Deje a su madre tranquila, que haga lo que le parezca! Y usted quédese aquí, pegado a su microscopio. Hágame caso.

ESTANIS.—No le comprendo. Hace un momento parecía usted harto de mí, y ahora me aconseja que me quede.

DOCTOR.—Eso quiere decir que he cambiado de opinión. Sí, eso es: de sabios es el rectificar. Pregúnteselo a Eduardo. Porque para Eduardo, el genio en esta casa soy yo. ¿Se entera? Yo.

ESTANIS.—Nunca lo he puesto en duda.

DOCTOR.—Por si acaso.

ESTANIS.—Bien. Pero, siquiera por dignidad, yo no puedo seguir aquí.

DOCTOR.—¡Qué dignidad ni qué ocho cuartos! Tú te quedas, y en paz.

ESTANIS.—¿Eh? Me trata usted sin ninguna consideración. Yo no podría continuar en su casa sino a condición de que me tratase con más respeto.

DOCTOR.—¿Yo a ti? Mira, seamos razonables. El que viva a mi lado tiene que amoldarse a mis cambios de humor. ¿Conviene? Conforme. ¿No conviene...? Las personas que viven conmigo aprenden en seguida a conocerme. Eduardo se lo puede decir a usted. Mis malos tratos no son más que pruebas de cariño.

ESTANIS.—¿Debo interpretarlo así, doctor?

DOCTOR.—Desde luego.

ESTANIS.—(Muy contento.) Gracias, doctor. ¡Cuánto le agradezco que me haya facilitado la manera de quedarme aquí

dignamente! Le dije lo de marcharme en un momento de arrebato. Pero me horrorizaba la idea de irme, de dejar esta casa...

DOCTOR.—¡Ah! ¿De manera que prefiere usted separarse de su madre a separarse de mí? ¡Me alegro, hombre!

ESTANIS.—Lo que prefiero, doctor, es no tener que separarme del laboratorio.

DOCTOR.—Ya.

ESTANIS.—(Con entusiasmo.) Verá usted: estoy a punto de dar con la fórmula de la vacuna. ¡Si la consiguiese...!

DOCTOR.—Está bien. Una madre, un profesor, una vacuna... ¡Y lo que más le tira es la vacuna! ¡Y yo que había oído decir que era un sentimiento tan profundo el amor de un hijo a su padre!

ESTANIS.—Yo no tengo la suerte de tener un padre, doctor. Usted lo sabe.

DOCTOR.—(Sarcástico.) ¡Pero no se apure por eso, jovencito, no se apure! Eso, ¿qué importa? No tiene usted un padre, pero ahí tiene su vacuna. ¡Ande, ande; váyase con ella!

T E L O N

ACTO TERCERO

El mismo decorado. Un montón de maletas.

(EDUARDO y MISS PRESTON.)

EDUARDO.—Miss Preston, algo le pasa al doctor. Esto de mandar hacer las maletas así, de pronto, me alarma sobremanera.

MISS PRESTON.—Sí, es un síntoma extraño.

EDUARDO.—El doctor ha vivido preocupado estas últimas semanas. ¡Demasiados acontecimientos para un hombre solo!

MISS PRESTON.—La señora Gresham es muy extravagante. ¡No sé cómo la ha podido resistir tanto tiempo a su lado!

EDUARDO.—¿Sabe usted ya que es su mujer?

MISS PRESTON.—Sí. Por eso digo que no sé cómo la ha podido resistir. ¡Todavía, si no lo fuese...!

EDUARDO.—Debería hablar usted con más respeto.

MISS PRESTON.—¿De qué padece la señora del doctor?

EDUARDO.—De nada. Es una enferma sorprendente. Su enfermedad más grave es la salud. No sabe qué hacer con ella, y por eso necesita viajar. Viajar sin descanso. Es una vitalidad que necesita espacio.

MISS PRESTON.—Pues ahora podrá desplegarla a su antojo.
¡Con los millones que ha heredado! ¡Pobre señor!
¡Quién podía pensar que iba a morirse!

EDUARDO.—Tenía más de cien años.

MISS PRESTON.—Por eso mismo.

(Entran por el foro la SEÑORA DE SAN MARCO y su sobrina.)

EDUARDO.—¡Santa oportunidad!

(MISS PRESTON sale por un lateral. EDUARDO va y viene por la escena, cerrando las maletas.)

SEÑORA DE SAN MARCO.—Hemos entrado directamente porque supuse que el doctor no recibiría. Mi sobrina y yo estamos muy impresionadas con la desgracia.

ACACIA.—¡Una persona tan agradable!

SEÑORA DE SAN MARCO.—¡Una fortuna como la suya! ¿Y de qué ha muerto?

EDUARDO.—Aún no tenemos detalles. Únicamente el telegrama.

SEÑORA DE SAN MARCO.—¡El doctor debe de estar deshecho!

EDUARDO.—¿Deshecho? ¿Por qué?

SEÑORA DE SAN MARCO.—¡Ah! ¿No está deshecho?

EDUARDO.—¿Porque se haya muerto el abuelo de su mujer?

El doctor tiene un corazón de oro, no lo niego; ¡pero no de martequilla!

SEÑORA DE SAN MARCO.—¿Y la herencia, qué? ¡No es que me importe!

EDUARDO.—Eso digo yo: ¡a usted qué le importa!

SEÑORA DE SAN MARCO.—¿Se lo ha dejado todo al chico?

EDUARDO.—No. Ha muerto sin testar, y la fortuna ha pasado íntegra a manos de su nieta, la madre de Estanis.

SEÑORA DE SAN MARCO.—¿La famosa Olivia?

EDUARDO.—*(Desconcertado.)* ¿Cómo lo sabe...?

SEÑORA DE SAN MARCO.—Porque ese desconcierto de usted confirma mi sospecha: que Olivia era su mujer. Mis preguntas son dardos, querido Eduardo. Ya me parecía a mí que la presencia en esta casa de una mujer tan interesante no podía ser cosa buena.

ACACIA.—Yo siempre me decía: ¡cuánto tendrá que hacer esa señora en casa del doctor, que se pasa allí las horas muertas sin hacer nada!

EDUARDO.—¿Curioso, eh? Yo se lo explicaría a usted con mucho gusto, pero da la casualidad de que no puedo explicárselo en este instante. Estoy muy ocupado.

SEÑORA DE SAN MARCO.—Eduardo, no sea usted displicente con mi sobrina. Le advierto que le admira mucho.

EDUARDO.—¿A mí también?

SEÑORA DE SAN MARCO.—¡Ya lo creo! ¡Mucho debe de valer usted! Acacia, vuélvete de espaldas. (ACACIA *obedece.*) En esta casa había no uno, sino dos genios, dos genios auténticos: el doctor y Estanis. Pues puedo asegurarle que las preferencias de mi sobrina han sido para usted.

EDUARDO.—¡Qué modestia ejemplar!

SEÑORA DE SAN MARCO.—(A ACACIA.) Puedes volverte ya. Mira cuántas maletas. ¿De quién son?

EDUARDO.—Del doctor.

ACACIA.—¿Se va?

EDUARDO.—Sí.

SEÑORA DE SAN MARCO.—Nada sabíamos. Acaso...

EDUARDO.—No.

SEÑORA DE SAN MARCO.—¿Entonces, tal vez...?

EDUARDO.—Tampoco.

SEÑORA DE SAN MARCO.—Yo creí que quizá...

EDUARDO.—(Impaciente.) Sí. Un viaje de placer. Ha trabajado mucho, excesivamente, y necesita unas vacaciones.

(HORACIO entra por una puerta lateral y habla a EDUARDO, sin fijarse en la SEÑORA DE SAN MARCO y su sobrina.)

DOCTOR.—¿Querrás decirme, Eduardo, dónde puedo encontrar una corbata? ¿Es que has guardado todas las corbatas que había en la casa? ¿Es que crees que un hombre medianamente educado puede permitirse el lujo de salir a la calle sin corbata? Te ha entrado la verdadera

furia del equipaje. Me has guardado todo lo que necesito aquí y te has dejado fuera todo lo que voy a necesitar en el viaje. ¡No encuentro mi pluma!

EDUARDO.—En el *necessaire*.

DOCTOR.—Ni un cepillo.

EDUARDO.—En la maleta pequeña.

DOCTOR.—¡Ni un pañuelo!

EDUARDO.—En el baúl.

SEÑORA DE SAN MARCO.—¿No nos dice usted nada, doctor?

DOCTOR.—¡Hombre, pero en cambio las encuentro a ustedes! Milagro que Eduardo no las ha metido en una maleta.

SEÑORA DE SAN MARCO.—Veníamos a darle el pésame.

DOCTOR.—Gracias.

SEÑORA DE SAN MARCO.—¡Qué golpe!

DOCTOR.—¿Cuál?

SEÑORA DE SAN MARCO.—Una muerte así, tan inesperada...

DOCTOR.—¿Conque la muerte a los ciento siete años le parece a usted inesperada?

SEÑORA DE SAN MARCO.—¿Ciento siete años? Pues estaba muy fuerte. Sólo representaba unos cien. ¡Pero no haberle dejado nada a Estanis, a un muchacho tan bueno! ¡Ni siquiera un legado! Hubiera resuelto su porvenir. Las grandes fortunas se hacen siempre sobre pequeños capitales.

DOCTOR.—Y las grandes ruinas sobre las grandes fortunas. Es sabido.

ACACIA.—Estanis estará muy apenado.

DOCTOR.—Lo supongo. No le he visto aún.

ACACIA.—¿Se va usted por mucho tiempo?

DOCTOR.—¡Sí! ¡Me voy a conocer mundo! Se pasa uno la vida sin conocer nada. Total, ¿qué he visto yo? París, Berlín, Nueva York... Pero las ciudades de enmedio, las verdaderamente interesantes, no se ven nunca.

SEÑORA DE SAN MARCO.—¿Viaje largo, entonces?

DOCTOR.—Mientras me quede algo que ver, sí. Desde que hay medios rápidos de comunicación es muy difícil enterarse de nada. En un avión recorreremos media Europa en unas horas. Se pasa sobre Roma, sobre Nápoles, sobre Atenas sin sentirlo. Siempre de aeródromo en aeródromo, de ascensor en ascensor. ¡Y el mundo, oculto por la velocidad! ¿Quieren ustedes creer que no conozco muchos pueblos que están a veinte kilómetros, porque siempre que he salido de casa ha sido para ir a Londres, a América o al cine?

ACACIA.—¿Es posible?

DOCTOR.—Palabra.

SEÑORA DE SAN MARCO.—¿Qué dirán sus enfermas!

DOCTOR.—Nada.

SEÑORA DE SAN MARCO.—Las abandona usted.

DOCTOR.—Tienen muy merecido el descanso. Yo también.
¡Veinte años de profesión!

ACACIA.—¿Cuántas mujeres habrá conocido en veinte años!

DOCTOR.—En cuarenta y cuatro. Tengo cuarenta y cuatro, Acacia; pero no me importa, porque estoy de viaje. No hay nada que tonifique tanto como esto de viajar. Se siente uno dispuesto a aceptarlo todo: hasta los años.

SEÑORA DE SAN MARCO.—Pues nosotras nos despedimos ya.

(*Entra ESTANIS por el foro.*)

¡Ah, aquí está Estanis! (*Estrechándole la mano.*) ¡Mi sentido pésame! No se tiene más que un bisabuelo; es decir, ocho; pero usted no ha conocido sino a uno. Consuélese pensando que otros no han tenido tanta suerte. Vamos, Acacia, estréchale la mano a Estanis y no pongas esa cara tan compungida. No hay que exagerar las cosas; el pobre señor era una ruina. Hasta luego, doctor. Iremos al tren a despedirle.

DOCTOR.—Me voy por carretera.

SEÑORA DE SAN MARCO.—No importa. Nosotras iremos al tren. ¿Nos acompañará usted, Eduardo?

EDUARDO.—Desde luego. El doctor se merece una despedida simbólica.

(Salen la SEÑORA DE SAN MARCO y ACACIA, acompañadas por EDUARDO.)

ESTANIS.—Veo que lo del viaje es cosa decidida.

DOCTOR.—En efecto; salgo dentro de una hora. Por eso me alegra que haya usted venido. Quiero darle mis instrucciones: no sé el tiempo que estaré fuera.

ESTANIS.—¿Mucho?

DOCTOR.—¡Acabo de decir que no lo sé! Por lo pronto, se suspende la consulta.

ESTANIS.—Entonces, yo...

DOCTOR.—¿Me va o no me va usted a dejar hablar? El laboratorio permanecerá abierto. Es interesante que termine usted su tesis. Miss Preston le ayudará en lo que sea preciso. Eduardo también se queda, pero éste no le podrá ayudar en nada. Cada día sabe menos.

ESTANIS.—Eduardo no es médico.

DOCTOR.—Pero se puede saber algo sin ser médico. Hacer unas maletas, por ejemplo. En fin, me voy solo, como infinidad de personas. ¿Por qué pone esa cara? ¿No ha conocido usted a nadie que viaje solo? ¿Va a decirme también que estoy anticuado viajando?

ESTANIS.—Creo, doctor, que se exalta sin motivo.

DOCTOR.—Está bien. Aquí tiene las llaves de la biblioteca. Ya sabe: mucho cuidado. Libro que coja, libro que vuelva a colocar en su sitio. Sobre todo, orden. Por cierto: usted hará lo que le parezca, pero yo opino que para los últimos capítulos de su tesis debe consultar los libros que le he dejado separados.

ESTANIS.—No lo olvidaré. ¿Tiene algo más que decirme?

DOCTOR.—¡Claro! Precisamente ahora empieza lo que en realidad tengo que decirle. Siéntese.

ESTANIS.—(Sentándose.) Gracias.

DOCTOR.—No le he dicho nada todavía a propósito de la muerte de su abuelo. Excuso las palabras de condolencia usuales. Usted ya sabe que una antigua amistad me unía a él. He sentido profundamente... Bueno, ¿qué? ¿No cree usted que lo haya sentido?

ESTANIS.—Yo no he dicho nada.

DOCTOR.—Pero su mirada... ¡Tiene usted una mirada burlesca, heredada de su madre! Sí, me había equivocado: la mirada es de ella.

ESTANIS.—Mi madre tiene unos ojos muy bonitos.

DOCTOR.—No me interesan. Sigamos. Su bisabuelo era un ser absurdo. No por su culpa, sino por culpa de sus años. No se pueden llevar así como así, sobre las espaldas, tres largos capítulos de la historia contemporánea. De sus bromas se desprendía un sabor pasado de moda. A pesar de todo, llegué a sentir por él, últimamente, una cierta estimación, una especie de afecto...

ESTANIS.—Eso sí que me choca. Dice usted que le conocía desde hace mucho, y ha sido ahora, al cabo del tiempo, cuando ha venido a tomarle cariño.

DOCTOR.—Sí. No se sabe nunca al cabo de cuántos años se puede llegar a querer hasta a los seres más odiosos. El recuerdo de su bisabuelo me evocará siempre ciertas cosas: momentos de debilidad, si usted quiere; pero, al fin y al cabo, ¡momentos de mi vida! Para uno siempre tiene interés su vida, ¿no le parece? ¿No le gusta a usted recordar la suya?

ESTANIS.—¡Por ahora es tan corta...! No tengo que esforzar mucho la memoria.

DOCTOR.—¡Bueno, bueno, bueno...! Si no tiene usted suficiente imaginación para pensar en su pasado, pensará, al menos, en su porvenir.

ESTANIS.—Sí, es una vanidad que todos tenemos.

DOCTOR.—Pues oiga: usted no tendrá un céntimo el día de mañana.

ESTANIS.—Nunca se puede estar seguro de esas cosas.

DOCTOR.—¡De algunas cosas, sí! Su madre tirará la fortuna. ¿No conoce usted a su madre?

ESTANIS.—Creo que sí.

DOCTOR.—¿No sabe qué clase de persona es?

ESTANIS.—¿Cómo?

DOCTOR.—¡Nada de actitudes ofendidas! Contésteme fran-

camente: ¿no sabe que su madre es capaz de arruinarse en un par de viajes? ¿Y sabe usted el dinero que se necesita para emprender los trabajos que usted proyecta? ¿Se ha dado cuenta de que antes de que sus investigaciones le den para vivir se habrá muerto de hambre? Si piensa entregarse por entero a la ciencia pura, como me ha dicho, le espera un porvenir de privaciones, de sufrimientos, de zozobras...

ESTANIS.—Por lo que veo, lo que pretende usted, antes de marcharse, es dejarme con el corazón en un puño. ¡Pues no le veo la gracia! Siempre he oído decir que los maestros alientan a los discípulos. Sus palabras me parecen bastante crueles.

DOCTOR.—En apariencia nada más. Pienso hacer algo por usted. Es decir, no crea que es nada personal. He hecho mal en decir por usted. En realidad, me propongo hacer algo por la ciencia. Porque yo soy un científico también. ¿Sabe usted que tengo una fortuna respetable?

ESTANIS.—Sí, lo sospechaba.

DOCTOR.—Bueno, pues toda mi fortuna —yo no tengo herederos— será para usted. Es decir, para sus trabajos. Así podrá andar sin estrecheces por el camino de la ciencia.

ESTANIS.—(*Tranquilamente.*) Gracias, papá. No esperaba menos de ti.

DOCTOR.—(*Atónito.*) Pero es que...

ESTANIS.—Pero es que yo tenía que haber sido un zote para no haber caído en la cuenta de que eras mi padre. En esta casa me habéis tratado todos de una manera desconcertante. En el terreno científico hasta me habéis dado cierta beligerancia. Sin embargo, para otras cosas, a mi juicio, infinitamente más sencillas, me habéis tomado por un idiota.

(*Entra EDUARDO.*)

EDUARDO.—Perdona, Horacio. Quería preguntarte una cosa: ¿las llaves del laboratorio las guardo yo o se las entrego a tu ayudante?

DOCTOR.—¿Por qué dices “tu ayudante”? ¿No sabes que Estanis es mi hijo? ¡Qué ganas de fingir!

EDUARDO.—¡Horacio!

DOCTOR.—Las llaves las guardará él. ¡No faltaba más!

EDUARDO.—(A ESTANIS.) Entonces..., usted ya sabe...

DOCTOR.—¿Qué te creías? ¿Que era tonto? ¿Es que Estanis tiene cara de tonto?

EDUARDO.—Estás muy nervioso.

DOCTOR.—¿Nervioso? ¿No voy a estar nervioso? Mira, Eduardo: te has vuelto pesado. Sí: la gente se vuelve pesada con el uso, como las máquinas de escribir. Te despido.

EDUARDO.—¡Hombre!

DOCTOR.—Bueno, pues no te despido. Me da igual; me voy yo. ¿Sabes por qué me voy? Para descansar de ti. Y de Miss Preston. También Miss Preston se está volviendo pesada.

ESTANIS.—Me voy al hotel a ver a mi madre.

DOCTOR.—¿A tu madre? ¿Pero está aquí?

ESTANIS.—Acaba de llegar. Adiós, Eduardo. Hasta luego, papá.

(Sale ESTANIS por el foro.)

DOCTOR.—Papá, papá, papá... ¿Qué miras con esa cara? ¿Es que me vas a decir tú también papá? ¡Anda, atrévete! ¡Dime papá!

EDUARDO.—¡Cálmate, hombre, cálmate! Estás sobrecitado. El viaje te sentará. No hay como cambiar de clima. Te distraerás, descansarás...

DOCTOR.—Y no me moriré de hambre como en mi casa. ¿Qué hora es? (Mira su reloj.) Hace tres cuartos de hora que debía haber tomado el té.

EDUARDO.—Tienes razón. Lo haré traer en seguida. (Toca un timbre.) Debes tomarlo. Es bueno para los nervios.

(Entra el CRIADO.)

CRIADO.—¿Llamaba el señor?

EDUARDO.—Sírvanos el té.

(Sale el CRIADO.)

Me olvidaba de preguntarte: ¿necesitarás el chaqué?

DOCTOR.—No sabes más que hacerme preguntas indiscretas. Te encanta meterte en lo que no te importa, investigar mi vida.

(Pausa. Entra el CRIADO, deja el servicio del té sobre una mesa y vuelve a salir en silencio.)

¿Para qué te interesa saber si voy o no a necesitar el chaqué?

EDUARDO.—Para que te lo guarden o no en la maleta.

DOCTOR.—No, no lo necesitaré.

EDUARDO.—A lo mejor se te ofrece ir a alguna boda.

DOCTOR.—¡No me hables de bodas!

(EDUARDO le da una taza de té al DOCTOR. Este lo prueba y hace un gesto de desagrado.)

Uf, qué cosa más horrible!

(Entra OLIVIA por el foro.)

OLIVIA.—No mortifiques así a Horacio, Eduardo. Espera, querido, que te lo prepararé. No me olvido de que te has acostumbrado a mi té amargo.

DOCTOR.—No te molestes. Eduardo lo prepara muy amargo también.

OLIVIA.—No mientas, no mientas... Eduardo es un desastre. Déjame a mí.

DOCTOR.—*(Bebiendo su taza de un trago.)* Gracias. No quiero más. El que tenga usted cierta habilidad para preparar estos venenos no quiere decir nada.

OLIVIA.—¡Qué ha de querer decir!

EDUARDO.—Bueno, aquí estorbo. Voy a terminar con el laboratorio.

(Sale EDUARDO.)

DOCTOR.—¿A qué has venido? ¿Por qué has vuelto de los Alpes?

OLIVIA.—Porque estaban muy lejos. No ibas a ir allí a despedirte de mí.

DOCTOR.—Desde luego.

OLIVIA.—Sin contar con que no hay que hablar de despedirse.

DOCTOR.—Ni de despedirse ni de nada.

OLIVIA.—Me alegra que no tengas nada que decirme. Así no me interrumpirás. Yo, en cambio, voy a decirte muchas cosas. Mira, estos doce días que he estado sin aparecer por aquí los he pasado muy mal. Las mujeres casadas no nos hacemos a vivir lejos de nuestros maridos.

DOCTOR.—Ya se ha visto.

OLIVIA.—¿Qué tristeza de vida! La desgracia del pobre abuelo ha venido a hundirme por completo.

DOCTOR.—Te doy el pésame.

OLIVIA.—Gracias. El pobre era muy bueno. Y me quería, a pesar de todo. Pero cuéntame tú: ¿qué tal te ha ido durante el tiempo que no me has visto?

DOCTOR.—Muy bien.

OLIVIA.—No te creo, Horacio. Dime que no has podido vivir sin mí; dime que has sentido la tentación, como yo, de correr a mi lado; que durante las noches tardabas en dormirte, que tratabas mal a Miss Preston, que los días se te hacían largos... No me niegues todas esas cosas. ¿Me equivoco?

DOCTOR.—Sí.

OLIVIA.—Mírame. Hace menos de quince días me mirabas de otra manera.

DOCTOR.—Ericka, ¿qué nueva historia estás tramando? ¿Qué buscas?

OLIVIA.—Nada. Sé que no has creído en mi cariño. Pero ahora tú lo sabes— he heredado una gran fortuna. No creerás que necesito de ti.

DOCTOR.—De mí, no; pero necesitas a tu hijo. Tienes ya los millones; pero Estanis se te escapa.

OLIVIA.—Escúchame: Estanis continuará a tu lado con mi aprobación. Aquí está su porvenir. A mí no me interesas sino tú.

DOCTOR.—¡Ericcka, Ericcka!

OLIVIA.—Decididamente, te hace falta un viaje. Esa cabeza está muy fatigada. Ya sabes, además, lo que a mí me entusiasma. tomar el tren. ¿Adónde vas?

DOCTOR.—A Grecia.

OLIVIA.—¡Me encanta Grecia! ¿La conoces?

DOCTOR.—No.

OLIVIA.—¡Perfecto! Te serviré de "cicerone". En el fondo, aunque parezco una mujer de mundo, tengo el alma de "cicerone". Iremos al Termópilas Hotel.

DOCTOR.—No hables en plural, que no es necesario.

OLIVIA.—No querrás insinuar que te vas solo.

DOCTOR.—Completamente solo. Hasta Eduardo se queda.

OLIVIA.—Lo encuentro natural. Eduardo no es tu mujer. Si no quieres ir al hotel de las Termópilas podemos ir a casa. En Atenas tengo una casa, un piso pequeño, muy reducido, pero de mucho gusto. En el saloncito hay una colección de objetos de las excavaciones.

DOCTOR.—Me molestan las antigüedades, me revienta la arqueología.

OLIVIA.—Entonces no vayamos a Grecia. Allí todo se ha quedado demasiado antiguo. Devuelve el pasaje: es mejor que nos marchemos a Escocia. Sí, hazme caso: tu carácter pide Escocia.

DOCTOR.—Mi carácter pide paz.

OLIVIA.—Por eso lo digo. El paisaje escocés es ideal para eso: lagos, montañas, prados cultivados, enorme cantidad de vacas... A tu carácter le van los paisajes con vacas.

DOCTOR.—He dicho que iré a Grecia.

OLIVIA.—¿Por qué te empeñas en obligarme a ir a Grecia, que me la sé de memoria? ¡Con razón se habla de la tiranía de los maridos!

DOCTOR.—(*Levantándose.*) Bueno, perdona. Si me permites,

voy al despacho. Tengo que romper papeles, que dejar un cierto orden en mi mesa...

OLIVIA.—No te preocupes; ya lo he hecho. Antes de entrar aquí pasé por el despacho. Creí encontrarte allí. He aligerado tus carpetas; he roto varios centenares de cartas...

DOCTOR.—¿Qué dices? ¿Te has atrevido? ¿No es verdad!

OLIVIA.—Sí. Cartas imposibles. Mi dignidad y mi respeto a la ortografía no podían permitir que guardases esas cartas. ¡Cuánta mujer enamorada de mi marido! Ahora que para eso no me cabe duda de que tú dabas pie. ¡Y no me contradigas! En aquello de "siempre recordaré la tarde que pasamos juntos en el canódromo", firmado por una tal Ketty, se ve que hubo mucha culpa tuya. ¡En un canódromo! Y luego, Adelaida. Con Adelaida no te portaste bien. Sí, las cosas como son; con esa muchacha te portaste como un charrán. Debiste, al menos, regalarle un *renard*. Es algo que compromete bastante la dignidad de una mujer, pero que salva, en cambio, la de un caballero. ¡Hay cosas que necesitan un *renard*!

DOCTOR.—¡Cállate de una vez! ¿No has notado lo desairado que es hacerse oír a la fuerza?

OLIVIA.—¡No tengas el valor de decirme que oyes a la fuerza a tu mujer! Mira, eres un hipócrita. Sí, con el trato se conoce a la gente. Además, tu hipocresía está bien a las claras en tus cartas a la vizcondesa Castelo. Le hiciste creer que te interesabas por sus ojos, pero al final se ve que tus visitas eran por la biblioteca.

DOCTOR.—La vizcondesa Castelo era una mujer exquisita.

OLIVIA.—Sí; pero al poco tiempo apareció tu libro sobre la Anatomía a través de las edades, y se vió a las claras que todos los datos los habías tomado de la estupenda biblioteca del difunto vizconde. Mira: mal está aprovecharse de las mujeres de los amigos muertos, pero yo encuentro más indecoroso aprovecharse de sus bibliotecas.

DOCTOR.—¡Bah, por media docena de libros que consulté!

OLIVIA.—No sé lo que hubiera pasado si tienes que consul-

tar doscientos. Esa mujer estaba muy lanzada. No olvides que las mujeres de más de cuarenta años son muy aerodinámicas.

DOCTOR.—Sea lo que sea, sigo resistiéndome a creer que me hayas roto la mitad de mi correspondencia.

OLIVIA.—¡Nada de eso! ¡Mucho más de la mitad! Te he dejado unas cuantas cartas de interés: las del Banco Americano, las del profesor Achard y las de tu tío, el párroco.

DOCTOR.—¡Da gracias a que soy un hombre paciente, de un carácter angelical...! Pero esto que acabas de hacer sería lo suficiente para plantear el divorcio definitivo.

OLIVIA.—Tienes razón. Otra mujer que no tuviese el temperamento dulce y sumiso que yo tengo te pediría cuenta de los abrazos de Clarisa, de las lágrimas de Etelvina y de los puntos suspensivos de Clotilde. Pero yo soy magnánima. Y, además, tengo un lema: no hay por qué disgustarse en vísperas de viaje. Y a propósito del viaje: ¿por qué no nos vamos a Bélgica? ¿No me habías dicho que era muy sano? ¡Pues a Bélgica los dos! Yo estaba dispuesta a irme sola cuando cometiste la grosería de decirme que había venido aquí por los millores del abuelo. Sí, no me contradigas. Esa fué una ordinariez indigna de ti. Pero ahora que tengo mi herencia, que soy millonaria, puedo permitirme el lujo de viajar con mi marido. Conozco muchísimas mujeres en mi caso que se permiten ese lujo. E incluso otros.

DOCTOR.—Tu marido no necesita, afortunadamente, la protección de su mujer.

OLIVIA.—Ni yo tampoco la de mi marido. ¡No dirás que me mueve el interés! Eso te prueba la pureza de mi cariño.

EDUARDO.—(*Entrando.*) Perdonad. Creo que se te hace tarde, Horacio: o te vas ahora o harás el viaje de noche.

DOCTOR.—¿Y quién te ha dicho que no quiero viajar de noche?

OLIVIA.—Eso iba yo a decir: ¿quién te ha dicho, Eduardo, que no es más agradable viajar de noche? Eres bastante entrometido.

EDUARDO.—Veo que los ánimos continúan muy excitados.

OLIVIA.—No es para menos. En poco tiempo, una desgracia de familia, una herencia fabulosa y una reconciliación familiar. Esto no ocurre ni en los Estados Unidos.

(*Entra ESTANIS por el foro.*)

ESTANIS.—¡Hola, papá!

OLIVIA.—¿Te dice papá?

DOCTOR.—¿Cómo quieres que me diga?

OLIVIA.—(*Riendo.*) ¡Ja, ja!

DOCTOR.—¡Qué risita más tonta!

EDUARDO.—Os dejo en familia.

(*Sale EDUARDO.*)

ESTANIS.—Traigo una noticia.

OLIVIA.—¡Qué maravilla! Me entusiasma. ¡Qué buena educación está recibiendo Estanis a tu lado! Ya hasta ha aprendido a traer noticias. ¡Tan joven!

ESTANIS.—Una mala noticia.

DOCTOR.—Venga.

ESTANIS.—¿Estáis preparados? Pues oid: el bisabuelo no ha dejado nada. No tenía un céntimo.

OLIVIA.—(*Aterrada.*) ¡No!

DOCTOR.—¡Qué asombro! ¿Conque no tenía nada?

ESTANIS.—Es decir, sí tenía: muchas deudas.

DOCTOR.—(*Riendo.*) ¡Ja, ja!

OLIVIA.—¿Deudas?

DOCTOR.—¡Claro, mujer, claro! ¡Deudas de más de un siglo! Tendrás que vender la casa de Atenas.

OLIVIA.—¡Ni en broma! Yo no puedo comprobar si son legítimas las deudas de un antepasado tan lejano. ¡Cuántos recibos se habrán perdido! ¡Haberse pasado la vida, el muy falso, hablándonos de sus millones! (*Al DOCTOR.*) ¡No me mires con esa sonrisita de burla!

DOCTOR.—¿De manera que no hay tal herencia?

ESTANIS.—Ni una peseta.

DOCTOR.—¡Formidable!

OLIVIA.—Tu entusiasmo es de muy mal gusto.

DOCTOR.—Mira, siento que se haya muerto, porque me dan ganas de abrazarle.

OLIVIA.—¡Toda una vida confiando en la palabra de un anciano que parecía respetable! ¡Qué comportamiento! Siempre me pareció a mí el siglo diecinueve un siglo de farsantes.

DOCTOR.—Pero la cosa no deja de tener su gracia. Ericka, creo que debes despedir el taxi que has dejado a la puerta. Ese es un gasto que no corresponde a tu posición.

OLIVIA.—¡Viejo derrochador! ¡Eso es que ha tirado la fortuna! Seguro que era jugador. No me cabe duda de que se lo ha jugado todo. ¿A qué fué a Montecarlo la primavera pasada? ¡Despilfarrador, calavera! Porque a mí me consta que tenía millones.

DOCTOR.—Yo encuentro que hizo muy bien en darse buena vida.

OLIVIA.—Ya se ve lo que te importa el porvenir de tu hijo.

ESTANIS.—(A OLIVIA.) ¡Ah, pero no sabes? Me ha nombrado heredero suyo.

OLIVIA.—¿Has hecho eso?

DOCTOR.—No creo que mi fortuna llegue a la cifra fabulosa de la del abuelo; pero, por lo menos, es auténtica. Y por ahora no tengo deudas.

OLIVIA.—Eso está bien. No parece tuyo.

DOCTOR.—Conque ya lo sabes, Ericka; si puedo ayudarte en algo...

OLIVIA.—Gracias. No necesito nada.

DOCTOR.—Te quedas sin un céntimo.

OLIVIA.—Está bien. Me iré.

DOCTOR.—¿Adónde?

OLIVIA.—No lo sé. Por lo pronto, desisto del viaje a Escocia.

ESTANIS.—¿Pensabas irte a Escocia?

DOCTOR.—(*Como tomando una decisión.*) Y lo seguimos pensando. Si no nos damos prisa haremos el viaje completamente de noche.

OLIVIA.—¿Cómo?

DOCTOR.—Dejaremos a Eduardo encargado de lo de las deudas. Es para lo único que sirve. Siempre que regreso a casa me encuentro con que ha pagado en mi ausencia infinidad de cosas. Anda, vamos...

OLIVIA.—Me trata usted como si fuese mi marido.

DOCTOR.—Pasaremos por el hotel a recoger tu equipaje y pagar la cuenta.

ESTANIS.—Y la del abuelo.

DOCTOR.—¡ Hombre!

ESTANIS.—Resulta que se marchó sin pagarla. Al principio creímos que había sido una distracción; pero ahora se ve que formaba parte del plan de la defunción.

DOCTOR.—No importa. La pagaremos también.

OLIVIA.—Te has puesto de buen humor. Parece como si te alegraras de verme arruinada.

DOCTOR.—No lo dudes. Los hombres somos tan idiotas que preferimos siempre pagar. Es mejor que la mujer le cueste a uno un dineral que no que el dineral sea de ella. De todas maneras, habría que gastárselo... y no sería tan airoso.

(*Se oyen en el interior las voces de EDUARDO.*)

EDUARDO.—(*Fuera, gritando.*) ¡ Horacio! ¡ Doctor! ¡ Doctor!
¡ Horacio!

ABUELO.—(*Entrando por el foro, sonriente y enérgico, seguido de EDUARDO.*) ¡ Bueno, bueno, bueno! A este Eduardo va a haber que despedirlo. ¡ Qué manera de anunciarme!

OLIVIA.—¡ Tú!

DOCTOR.—¡ Usted !

ABUELO.—Ante todo, no me preguntéis si me he muerto, como ha hecho Eduardo. Este muchacho no sabe recibir a las visitas. No esperábais esta sorpresa, ¿eh?

DOCTOR.—Las sorpresas no se esperan, mi venerable amigo. Dejarían de serlo.

ABUELO.—Vengo sólo por un minuto. ¿Conque os vais? ¿Viaje de novios? ¡Hombre, ya era hora! ¡Diecinueve años esperando este momento! No hay como vivir mucho para verlo todo.

DOCTOR.—(A OLIVIA, *serenamente*.) ¿Qué te decía yo?

OLIVIA.—¿Qué me decías?

DOCTOR.—Que era un sujeto estupendo. ¡Ahí lo tienes!

ABUELO.—Sí; todo ha salido estupendamente. Mi dinero era un obstáculo para vuestra felicidad. Nada más sencillo que hacerlo desaparecer; una falsa noticia, una falsa muerte... Así os encuentro a todos felices y contentos.

OLIVIA.—(Al DOCTOR.) ¿No decías también que querías darle un abrazo? ¡Anda, felicítale por la broma!

ABUELO.—Veo que habéis hablado de mí.

DOCTOR.—¡Y en qué términos! Le hemos dedicado varios discursos necrológicos.

ABUELO.—Gracias. Prematuras, pero gracias. Y me despido. En la puerta me espera el coche para llevarme a Suiza.

OLIVIA.—¡Derrochador!

ABUELO.—En realidad, no me gusta estar mucho tiempo fuera de casa. Salí de allí sólo para arreglar esto vuestro, y, en vista de que ya no hago falta, me vuelvo a mi rincón. Pero, en adelante, mucho cuidado con lo que hacéis, porque no me he muerto aún, aunque Eduardo lo dude, y sigo teniendo una fortuna respetable. Estanis, acompañame hasta el coche. Eduardo, salga usted a despedirme. Adiós.

(Sale por el foro el ABUELO, seguido por ESTANIS y EDUARDO.)

DOCTOR.—¿Qué te parece?

OLIVIA.—Siento el orgullo de tener un abuelo así. Es inmortal.

DOCTOR.—Ericka, si tú ahora tuvieras dieciséis años, como entonces, y yo te dijera: "¿Quieres casarte conmigo?", ¿qué responderías?

OLIVIA.—Que no. Eres demasiado viejo para una muchacha de dieciséis años.

DOCTOR.—Pues vámonos a Escocia. Es más sencillo. Tenemos por delante cientos de kilómetros de conversación. Tienes que explicarme muchas cosas.

OLIVIA.—Pues tú a mí, sólo una; pero muy importante. ¿Por qué hace diecinueve años abrazabas, a la luz de la luna, a la baronesa Maffatti, el mismo día que nos casamos?

DOCTOR.—Oye, ¿por qué lo haría? Porque es lo que yo digo: por algo lo haría. ¿No crees tú?

OLIVIA.—No seas cínico. La Maffatti era una mujer muy guapa y muy fresca. ¿Te parece poca razón?

DOCTOR.—¡No, claro, no! Es una razón de peso. Pero ya no tienes nada que temer. Siempre me ha atraído la aventura: esa mujer que se cruza en nuestro camino, de pronto, con la fascinación de lo desconocido.

OLIVIA.—¿Y estás seguro de que ya se te ha pasado?

DOCTOR.—No, al contrario; hoy me atrae más que nunca.

OLIVIA.—¡Horacio!

DOCTOR.—Pero ahora tú eres lo desconocido: la aventura y la tentación. Si alguna vez vuelve a engañarte, Ericka, te engañaré con Olivia, que también eres tú.

T E L O N

TEATRO

(Una comedia cada semana)

ULTIMOS TITULOS PUBLICADOS

44. *Estrictamente familiar*, de Juan Germán Schröder.
45. (Extra.) *El calendario que perdió siete días* y *La rosa encendida*, de Enrique Suárez de Deza.
46. *Don José, Pepe y Pepito*, de J. I. Luca de Tena.
47. *El cero y el infinito*, de Sidney Kingsley.
48. *El remedio en la memoria*, de José López Rubio.
49. *La viuda es sueño*, de Tono y Llopis.
50. (Extra.) *Antígona y Electra*, de José María Pemán.
51. *Tres sombreros de copa*, de Mihura.
52. *Marea baja*, de Peter Blackmore.
53. *Las mariposas cantan*, de Mercedes Ballesteros.
54. *Ninotchka*, por M. Leygen y M. G. Sauvajen.
55. (Extra.) *Aurora negra* y *No me esperes mañana*, de Ruiz de la Fuente.
56. *Volpone el magnífico*, de Ben Jonson-Tomás Borrás.
57. *Casi un cuento de hadas*, de Antonio Buero Vallejo.
58. *El demonio tiene un ángel*, de Angel Zúñiga.
59. *El jefe*, de Joaquín Calvo Sotelo.
60. (Extra.) *¿Quién soy yo?*, de Luca de Tena, y *Dos mujeres a las nueve*, de Luca de Tena y Miguel de la Cuesta.
61. *El caso de la señora estupenda*, de Mihura.
62. *La estatua fué antes Pichurri*, de Faustino González Aller y Armando Ocano.
63. (Extra.) *El baile*, de Edgar Neville.
64. *La mariposa y el ingeniero*, de Joaquín Calvo Sotelo.
65. (Extra.) *Shanghai-San Francisco* y *Barriada*, de Julio Alejandro.
66. *No se dice adiós, sino hasta luego*, de Alfonso Paso.
67. *El corazón alegre*, de Roger Ferdinand.
68. *Una mujer cualquiera*, de Mihura.
69. *Lo que no dijo Guillermo*, de Carlos Llopis.
70. (Extra.) *El rescate*, *La fuga en la jaula* y *El hombre que mató a nadie*, de Horacio Ruiz de la Fuente.
71. *Recién llegada*, de Keitl Winter.
72. *Murió hace quince años*, de J. A. Giménez-Arnau.
73. *¡Clavijo, búscame un hijo!*, de Francisco G. Loygorri.
74. *Cuando el fuego se apaga*, de Jean Jacques Bernard.
75. (Extra.) *Nosotros, ellas... y el duende* y *La cigüeña dijo "sí"*, de Carlos Llopis.
76. *Chocolate a la española*, de Julia Maura.
77. *Escuadra hacia la muerte*, de Alfonso Sastre.
78. *Una bomba llamada Abelardo*, de Alfonso Paso.
79. *Un drama en el quinto pino*, de Tono y Manzanos.
80. (Extra.) *El landó de seis caballos* y *El pobrecito embustero*, de Víctor Ruiz Iriarte.
81. *Quiero ver al doctor*, de Mercedes Ballesteros y Claudio de la Torre.
82. *Sombra querida*, de Jacques Deval.

NUMERO PROXIMO

Pedidos y suscripciones: **EDICIONES ALFIL** Peligros, 4.—Madrid

5 PESETAS